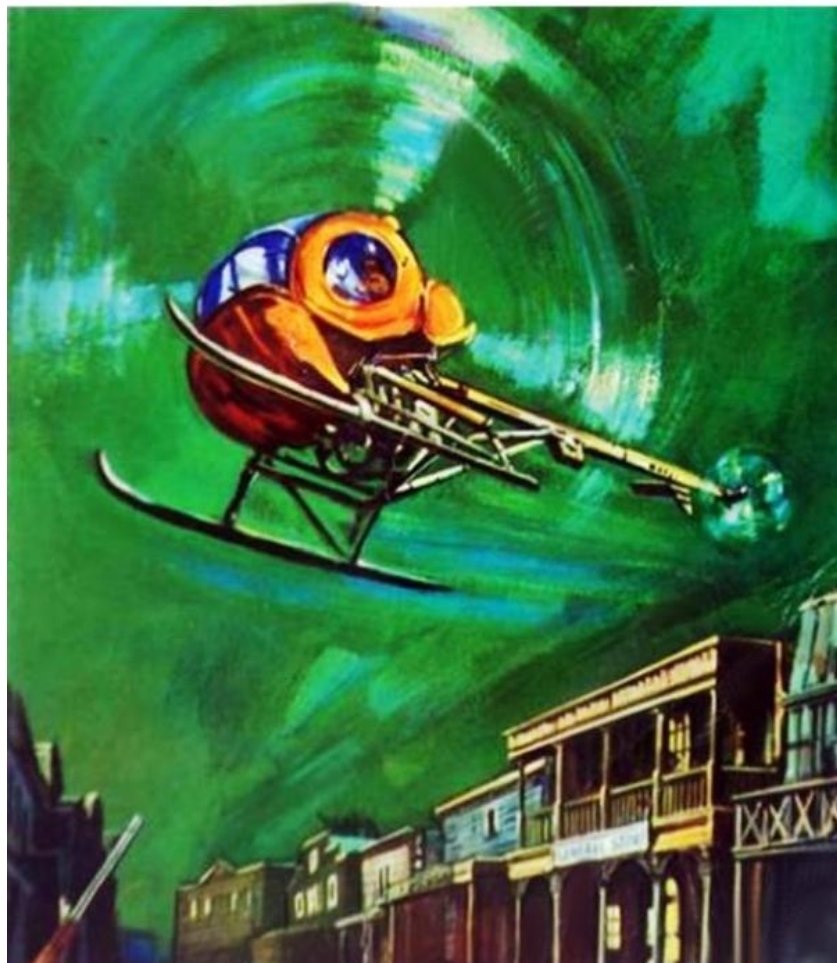




póliza de robo

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

POLIZA DE ROBO

Colección PUNTO ROJO n.º 594

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 40.587 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1971

© VIC LOGAN - 1971
sobre la parte literaria

© GIRONA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.106.— El cuadro.

En Colección **PUNTO ROJO:**

501.— Premeditación.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652.— El último en reír.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

787.— Superstición City.

En Colección **KANSAS:**

672.— Madera podrida.

En Colección **BRAVO OESTE:**

559.— Un hombre de acero.

En Colección **CALIFORNIA:**

781.— Mi padre, el juez.

En Colección **COLORADO:**

720.— De distinta raza.

CAPITULO PRIMERO

El automóvil negro avanzaba veloz por la solitaria y polvorienta carretera secundaria.

Los potentes faros del vehículo taladraban la oscuridad de la cerrada noche.

A lo lejos se alzaban las siluetas de las distintas edificaciones de la fábrica de productos químicos.

El hombre que conducía el coche consultó su reloj. Era medianoche.

Dos kilómetros más allá detuvo el vehículo junto a la pared trasera de la fábrica.

La alta muralla de ladrillo parecía una fortaleza infranqueable, pero el hombre no se preocupó lo más mínimo por ello.

Sabía adónde iba y a lo que iba.

Se enfundó el rostro con una media que le desfiguraba totalmente. Seguidamente salió del coche y se dirigió al portaequipajes.

Abrió quedando al descubierto uno de los pequeños extintores de la casa Belfax.

Eran aparatos corrientes que muchas industrias solían tener a mano para casos de emergencia.

El hombre de la media en el rostro tomó el extintor y avanzó unos metros paralelamente a la muralla de ladrillo.

Apareció la puerta que buscaba.

Extrajo una llave del bolsillo y dio la vuelta a la cerradura. La puerta cedió y el hombre se introdujo al gran descampado de la parte posterior.

Todo estaba en silencio.

Lu fábrica abarcaba un extenso terreno y aquel lado parecía hallarse casi abandonado.

La puerta que había vuelto a cerrar tras de sí era de acero, a prueba de balas, aunque daba la sensación de usarse poco o casi nada.

Amparado en la oscuridad el hombre del extintor avanzó hacia

la primera de las edificaciones.

Abrió utilizando otra llave y una vez dentro sacó una linterna para orientarse.

El haz de luz iluminó lo que parecía ser un almacén de útiles de la fábrica.

Bombonas de ácidos —vacías—, herramientas inservibles, material de precisión para tirar y otras cosas por el estilo.

Dejó el extintor un momento y volvió a consultar su reloj.

Eran las doce y doce minutos.

Un kilómetro más allá, cerca de una de las naves más importantes de la fábrica, dos guardianes uniformados y bien armados se encontraron tras hacer la ronda.

—¿Todo bien, Mac? —inquirió uno rutinariamente.

—Sí. Todo bien —repuso el otro.

Continuaron la ronda cada uno por su lado.

En una especie de torre de control, convenientemente elevada, otro hombre prestaba atención a lo que ocurría allá abajo.

Desde su puesto, el tercer guardián podía ver perfectamente a los que cruzaban por la ancha zona:

Allí las luces fluorescentes iluminaban perfectamente el lugar.

Cerca de la entrada, otra caseta de ladrillo servía de control general.

Un hombre estaba al cuidado de dicha caseta y en aquel momento contestaba la llamada de uno de los guardianes que poco antes se habían cruzado.

—Todo bien en el sector norte.

—Bien, Mac. Ve a la parte de atrás. ¿Entendido?

—Sí, Jerry.

El hombre prosiguió su ronda. Más allá se cruzó con un quinto guardián, lo cual demostraba que la fábrica estaba perfectamente custodiada.

Sin embargo, el individuo del extintor se movía perfectamente, como si conociese de antemano los rutinarios pasos de los guardas.

Esperó a que el vigilante asomara por el último tramo de edificaciones. Luego, de allí hasta la pared trasera, ya no había nadie más.

Era el sitio menos iluminado, pero la poderosa linterna del guarda taladró la oscuridad.

Se dio por satisfecho y volvió por dónde había llegado.

El hombre del extintor salió entonces del pequeño almacén cargado nuevamente con el aparato y caminó por una de las asfaltadas calles entre los edificios de la fábrica.

Con idéntica seguridad alcanzó uno de los edificios y se aproximó a las escaleras descendentes que comunicaban con mi semisótano.

Una vez más, el individuo daba la sensación de pisar terreno absolutamente conocido.

Abrió la puerta con llave y se metió en la nave.

Pasó por entre las instalaciones de máquinas hasta llegar a otra puerta. Esta estaba abierta.

Llegó a otra nave, luego a una escalera que subió hasta el segundo piso.

Consultó de nuevo el reloj. Las doce y treinta y ocho minutos.

Tras cruzar una última puerta se halló en lo que parecía ser el departamento de oficinas.

Buscó con la linterna y el haz de luz recorrió la pared hasta detenerse en un extintor idéntico al suyo.

Avanzó hacia allí, descolgó el extintor para colocar en su lugar el que llevaba.

Realizada la operación, recorrió con la linterna la sala.

Había media docena de mesas y al fondo un panel liso.

Sonrió bajo la media.

Sabía lo que había bajo aquel panel.

Apagó la linterna y tomó el extintor sustituido para regresar por el mismo sitio por dónde había venido.

Eran las doce y cincuenta y nueve minutos cuando salía por la misma puerta de acero que había utilizado al entrar.

Fuera le esperaba el coche.

El extenso descampado estaba tan solitario como cuando llegó. Algo más allá había el camino polvoriento muy escasamente transitado.

Se quitó la mecha que cubría su rostro y la metió en la guantera del coche.

Había dejado el extintor en el portaequipajes y momentos después, sentado ante el volante, daba el encendido.

El coche se alejó de la muralla de ladrillo de la fábrica de

productos químicos para perderse en la oscuridad.

Veinte minutos más tarde el coche quedaría abandonado en una calle de Chicago.

El hombre, tras asegurarse de que nadie le veía, arrojó al río el extintor que había sustituido de la fábrica.

CAPITULO II

Era viernes y la camioneta blindada de la fábrica había traído del Banco el millón cien mil dólares necesarios para la nómina de los cuatro mil ochocientos empleados de la inmensa fábrica.

Bob Nero, oficial de la compañía que aseguraba el dinero con pólizas que se renovaban todas las semanas, recogió los documentos que le tendía el señor Sorensen, superintendente general de la fábrica.

—Todo en orden, Bob.

—Gracias, señor Sorensen... ¿Preparando el fin de semana?

—Los fines de semana son para los obreros. Los jefes no podemos permitirnos estos lujos.

—Le dejo en buena compañía, señor Sorensen.

Lo dijo porque en aquel momento acababa de entrar Connie, la rubia secretaria a la que Bob Nero miró con su contagiosa y franca sonrisa.

—Buenas tardes, encanto. ¿Tiene algo que hacer esta tarde?

—Sí, señor Nero. Ayudar a mi jefe —repuso ella devolviéndole la sonrisa con cierta sequedad.

—Abur —saludó rutinariamente el de la compañía de seguros.

—Siempre está de broma —comentó ella dejando el portafirmas delante de su jefe.

—Bueno. Eres una mujer muy atractiva. No es extraño que se fijen en ti.

—Bob Nero es de los que se creen irresistibles —repuso ella con cierta indiferencia.

El de los seguros avanzaba ahora por el corto corredor custodiado por cuatro agentes armados con metralletas.

Se plantó ante una puerta de cristal biselado situada a su izquierda.

Dos de los policías montaban la guardia junto a aquella puerta.

—Voy a echar un vistazo —murmuró Bob.

Uno de los agentes asintió con la cabeza y llamó con los nudillos.

Otro agente igualmente armado le abrió franqueando la entrada.

Al otro lado de aquella puerta se encontraba la sala rectangular con la media docena de mesas.

A un lado estaba el extintor que había sido sustituido.

Bob Nero observó al personal que estaba trabajando en la confección de la nómina de acuerdo con los datos de la calculadora electrónica.

El panel de la pared estaba corrido y podía verse abierta la caja fuerte con abundante dinero.

En las mesas también se veían los paquetes con billetes de a dólar, de cinco, de diez...

—Todo en orden, señor Nero —dijo el agente.

—Cierre, cierre, Parrish. Me quedará un momento. ¿No le gusta el olor a dinero?

El agente levantó los hombros.

—Cuando el dinero no es de uno...

—Esto haría la felicidad de unos pocos, Parrish. Lo malo es que haya que repartirse entre tantos.

Los empleados iban metiendo los billetes en los sobres. Todo se hacía con la acostumbrada rutina.

Bob Nero se aproximó al extintor apoyándose en la pared a escasos centímetros.

Observó un momento al agente que se había acercado a la ventana y miraba fugazmente hacia abajo para terminar sentándose en una butaca con la metralleta entre las manos.

Nero avanzó una mano hacia el extintor y tanteó hasta encontrar un pequeño resorte.

Quizá aquel botón era lo único que le diferenciaba del aparato sustituido, pero era algo apenas perceptible, a menos que se examinara concienzudamente el extintor.

Al accionar el resorte se movió una válvula.

Bob Nero consultó el reloj.

«Diez segundos», pensó.

Se encaminó hacia la puerta próxima a donde se encontraba. Eran los lavabos privados de aquella oficina.

Mientras el personal confeccionaba la nómina, nadie podía entrar ni salir de allí, a excepción de Nero, naturalmente, por algo representaba a la compañía de seguros.

Y Nero pasó a los lavabos. Se encerró rápidamente en una cabina de WC y extrajo del bolsillo de su pantalón una máscara que llevaba cuidadosamente plegada.

Era una careta antigás.

Consultó de nuevo el reloj.

Ocho segundos, nueve y diez...

En la oficina el extintor dejó escapar una sorda explosión. Totalmente imperceptible desde el otro lado de la puerta.

Un potente chorro de gas se escapó de la válvula.

—¡El extintor...! —exclamó alguien.

Fue lo último que dijo porque cayó hacia atrás ante la asfixia creciente que producía el gas.

El agente quiso avanzar hacia el aparato, pero le fallaba la respiración. Logró rozar el extintor antes de caer contra el suelo.

El resto de los empleados, víctimas del gas, habían quedado igualmente inconscientes.

Bob Nero, protegido por la careta antigás, comenzó a trabajar.

En la caja fuerte estaban dos de los sacos de lona del Banco.

Comenzó a coger los billetes de Banco y los metió rápidamente en uno de los sacos hasta que estuvo lleno.

En la operación, empleó cincuenta segundos.

Necesitó minuto y medio para llenar la otra valija, puesto que el dinero repartido entre las mesas le costó más trabajo reunirlo.

Total, en menos de tres minutos se había apoderado del millón cien mil dólares.

Con movimientos calculados se aproximó a la ventana con los dos sacos. La abrió y los arrojó abajo.

Eran solo dos pisos, y las valijas cayeron en un patio interior.

A continuación salió él.

Desde el alféizar de la ventana llegó hasta la pequeña y estrecha cornisa.

Su mirada se posó al extremo del edificio. Tenía que recorrer unos treinta metros.

Lo había calculado muchas veces, pero ahora era el momento de demostrar que podía recorrer aquella distancia en tres minutos. No

podía permitirse el lujo de perder ni un segundo más.

Tres minutos con la ventana abierta, el gas se volatilizaría y los hombres comenzarían a volver en sí.

Si cerraba la ventana corría el riesgo de que alguno pudiera morir, o acaso todos si no se oxigenaban a tiempo y aquel golpe había estado previsto sin que se derramara ni una gota de sangre.

Tres minutos.

Luego precisaría de más tiempo para escapar. Pero esto también estaba previsto.

Si nada fallaba, todo tenía que salir perfectamente.

Nero avanzó pegado como una lagartija a la pared.

Llevaba ventosas en las manos para mayor seguridad. Era otra de las cosas con las que había contado de antemano para dar el golpe.

Cuando había transcurrido el primer minuto, Nero estaba algo más de un tercio del camino a recorrer. Todo iba bien.

Pasó por delante de la otra ventana de la oficina y observó a través de los cristales.

Vio que los hombres seguían aturridos por el gas de inmediatos efectos.

Continuó avanzando.

Dos tercios, dos minutos.

Los segundos corrían y Sorensen, tras dictar una carta a su secretaria Connie, se disponía a pasar a la oficina de la nómina utilizando la puerta privada que comunicaba directamente los dos despachos.

—Pasa esta carta inmediatamente, Connie —ordenó.

Iba a empujar la puerta cuando sonó el teléfono.

Contestó su secretaria.

Eso hizo que Sorensen aguardara, ella le informó seguidamente:

—De la compañía de seguros.

—¿Es para mí? —inquirió Sorensen.

—Sí. Es el director.

—Bien, me pongo.

Fuera, en la comisa, Nero había llegado al borde de la pared. Sólo le faltaba un metro para llegar hasta la ventana.

Recorrió el último tramo y lanzó un suspiro cuando alcanzó la ventana.

Estaba abierta. La empujó.

Pasó al interior, encontrándose en un cuarto archivo. No había nadie. Lo cual ya estaba previsto.

Ahora ya solo tenía que salir, tomar la escalera y salir tranquilamente al exterior.

Así lo hizo.

Al pasar por la puerta principal saludó al portero y más allá al guarda.

—Buen fin de semana a todo el mundo —saludó alegremente.

Tenía el automóvil en el aparcamiento privado situado a unos cincuenta metros y allí se encaminó, pero una vez dentro, en vez de tomar la calle que conducía a la salida, dio la vuelta, se metió por un callejón lateral, cruzó por otra calle sin salida, dejó el coche allí y se metió por una puerta.

Tuvo que cruzar unos diez metros.

Algunos obreros trabajaban en soldadura autógena, provistos de caretas. Nadie pareció advertir su presencia.

Llegó hasta la puerta del patio, abrió y asomó un momento. Allí estaban los sacos.

Consultó el reloj.

Cinco minutos. Habían transcurrido cinco minutos. Tenía el tiempo justo.

Corrió hacia las valijas, las tomó y cargado con ellas regresó al pabellón.

Pasó fugazmente. Quizá alguien se volvió, pero solo le vio contados segundos porque Nero se metió de nuevo en el coche cuyo motor había dejado en marcha y arrancó dirigiéndose hacia la parte trasera. Frenó en seco y salió con los sacos.

Abrió la puerta, salió y volvió a cerrar abandonando el coche. Ya no lo necesitaba porque fuera tenía otro.

Metió los sacos en el portaequipajes y seguidamente pasó al volante, arrancando rápidamente.

En la fábrica comenzaba a sonar la alarma.

CAPITULO III

Cinco minutos después de haber salido de la fábrica, Bob Nero se hallaba en un paraje a orillas del lago.

Las dos valijas estaban a sus pies, fuera del coche, cuando él empujaba el vehículo hacia el lago.

El auto cayó y lentamente fue engullido por las aguas.

Perdió dos minutos en pasar una rama por la gravilla para destruir las posibles huellas.

Tiró la rama y recogió de nuevo los dos sacos metiéndolos en la lancha que tenía preparada.

La motora arrancó rápidamente.

Diez minutos después, Bob Nero se detenía en una pequeña bahía formada por el lago.

Salió con el botín y corrió hacia una gruta rocosa.

Allí tenía preparada la maleta de grandes dimensiones. Cambió el dinero de lugar. Cabía perfectamente. Lo alisó y cerró cuidando de asegurar los dos cerrojos.

Escondió entre las rocas los dos sacos y cogió una segunda maleta. La abrió comprobando que estaban todas sus cosas. Un traje, mudas, calcetines, etc.

Dos minutos más para cambiar de traje y otros tres minutos para colocarse un bigote postizo.

La adición de unas patillas supletorias contribuyó enormemente a cambiarle el aspecto.

Pero todavía faltaban unas lentillas de contacto que cambiaron el color de sus ojos.

Unas gafas de concha completaron la transfiguración.

Salió de la gruta y caminó por entre los setos. Allí escondido se hallaba el automóvil.

Cargó las maletas en el portaequipajes y, puesto al volante del nuevo vehículo, dio la marcha.

Cuando avanzaba a velocidad normal por la carretera puso la radio.

El boletín de noticias se refería al asalto:

—«Audaz atraco de un millón cien mil dólares cometido por un hombre solo, según parece...»

A continuación, se daba la descripción completa de Bob Nero.

Y Bob, con una sonrisa en los labios, murmuraba para sí:

—Y ahora lo de costumbre. Carreteras cortadas, aeropuertos vigilados, policía, policía... Pero se quedarán con las ganas de cogerme...

Otro cuarto de hora para llegar a la compañía de transportes aéreos.

—Quiero mandar esta maleta a Saint Louis —dijo a la empleada.

—La etiqueta, señor... Se la llenaré yo misma. ¿A quién va dirigida?

—Thomas Hendrix.

—¿Domicilio?

—Motel Missouri, apartamento 6-B.

—¿Urgente, señor?

—Con tal de que llegue mañana me basta.

—Descuide, señor... ¿Quiere pasar por caja?

La empleada pegó la etiqueta. Momentos después, Nero pagaba los portes y salía a la calle volviendo al coche que abandonaba cinco minutos más tarde para tomar un taxi en el centro.

Se hizo conducir al aeropuerto.

Tal como esperaba, la policía pedía la identidad a los sospechosos.

Pasó por las oficinas de la compañía para confirmar la plaza que ya tenía reservada.

Poco después se dirigía hacia la puerta indicada para el vuelo que partía siete minutos más tarde.

Hasta aquel momento todo había salido perfectamente.

La policía escudriñaba y Nero se permitió preguntar a uno de los agentes.

—¿Buscan a algún criminal?

—Circule, circule.

—¡Vamos, circulen! —masculló un sargento.

¡Ya lo creo que circuló!

Siete minutos más tarde, conforme a lo anunciado el avión se puso en marcha para el vuelo directo Chicago-Saint Louis.

Dos horas más tarde Nero estaba instalado en el motel Missouri, en la carretera de Kansas, con el nombre de Thomas Hendrix.

—Ha Llegado esta maleta para usted —informó el encargado del sector B del motel.

—¡Ah! Es el resto de mi equipaje. Siempre me lo hago mandar por separado —repuso Nero dejando en la mano del hombre un par de dólares de propina.

En menos de veinticuatro horas tenía el dinero en su poder.

Abrió la maleta. Allí estaba todo.

Sonrió.

—Es la vez que te he dejado solo por más tiempo, dinerito. Ahora ya no volveremos a separarnos. No, señor.

* * *

El rápido del Medio Oeste avanzaba a ciento ochenta kilómetros por hora en aquella recta que se perdía en el horizonte.

El convoy devoraba la distancia en aquel llano sin fin.

Los pueblos estaban muy distantes entre sí y a Clarendoon llegó a las nueve de la noche.

Era una ciudad pequeña, perdida en el medio Oeste y la estación estaba vacía.

El jefe dio la salida al convoy después de que se apeara el único pasajero que había elegido aquel lugar.

Se dirigió al encargado de la estación para preguntarle:

—¿Hay taxis?

—Tendrá que llamar por teléfono, señor. Puede utilizar el de la oficina.

—Gracias.

—Por aquí —le indicó el jefe.

Tuvo que cruzar el pequeño vestíbulo y sus ojos se fijaron en un anuncio de coches de alquiler.

—¿Alquilan coches?

—Eso era antes. No creo que el viejo Dutch tenga otra cosa que algún cacharro antediluviano.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese Dutch?

—¿A estas horas? Bueno... Puede que esté viendo la televisión.

—¿Es lejos?

—Sólo cruzar la calle.

—Bien. Quizá me convenga más alquilar un coche.

—Yo no se lo aconsejo, pero si usted quiere...

—Gracias por todo.

Salió de la estación y observó la explanada. Al final había un cruce de calles formando una uve, cuyo vértice era la estación.

Estaba todo bastante mal iluminado, pero pudo ver roído por el tiempo y los elementos el anuncio:

DUTCH, AUTOMOVILES

Era todo lo que podía leerse.

Se acercó a la puerta de doble hoja de madera. Parecía la entrada de un taller.

Al lado, otra puertecita con tela metálica y detrás la puerta de cristales de la casa.

La televisión estaba en marcha.

Nero abrió la puerta de tela metálica y golpeó el cristal. Tuvo que repetir la llamada antes de que saliera el viejo renqueante.

—¿En qué puedo servirle?

—Quiero un coche. Me han dicho que usted tiene alguno para alquilar. Si me lo da a buen precio, se lo compro.

—No suelo hacer negocios a estas horas, pero... si está dispuesto a pagar.

—Yo siempre pago lo que compro, señor Dutch.

—Espere a que abra. El garaje está aquí al lado —repuso el hombre con ligera desconfianza.

Se metió en la casa y poco después, desde dentro, abrió una de las hojas de la puerta del garaje.

—Pase —invitó a Nero.

Encendió una bombilla y mostró un coche.

—Sólo tengo este.

Era un viejo «Ford» modelo 60.

—¿Funciona este cacharro?

—Claro que funciona.

—¿En cuánto me lo vende?

—No sé... No pensé que nadie quisiera comprármelo.

—¿Doscientos? —preguntó Nero.

—Humm.

Seguramente era más de lo que pensaba sacar.

—Los llevo casualmente encima...

—Bueno. Le daré una factura.

—No se moleste. Espero que nadie me lo reclame.

—¿Piensa ir muy lejos?

—Me han dicho que por aquí cerca hay sitios excelentes para descansar. Huyo del bullicio, ¿sabe? Sigo los consejos de mi médico.

—¿Y le han recomendado esto?

—Sí. Un amigo.

El hombre pareció dudar, pero alzó los hombros y fue a por una lata de gasolina.

—Tiene el depósito lleno, pero por aquí no abundan los surtidores. Le daré esa lata con el precio. ¡Air! Tiene aceite recién puesto. No tiene que preocuparse por cambiarlo.

—Bien. Voy a cargar mi equipaje.

—Voy por las llaves.

El portamaletas estaba abierto y Nero metió su valioso equipaje dentro.

Poco después, el viejo regresaba con el manojó de llaves.

—Aquí tiene y no se olvide de la lata. La meteré dentro.

—Gracias.

Más tarde, Bob Nero salía del garaje conduciendo el «Ford».

Dutch contó nuevamente los dólares mientras su comprador se perdía por la calle al volante del auto.

Cruzó Clarendoon y salió por una carretera secundaria y solitaria.

Diez kilómetros más al Oeste se detuvo en un cruce. De la carretera arrancaba un camino vecinal.

El paisaje era árido, rocoso. Parecía arrancado de un cuadro del fin del mundo.

Se metió por el camino y tras otro cuarto de hora decidió pasar allí la noche.

Eran las once y diez minutos.

CAPITULO IV

Eran casi las seis de la mañana.

Había amanecido cuando Nero reemprendió la marcha. Tenía los ojos embotados por haber dormido mal, pero el relativo descanso le permitía sentirse más despejado.

A las seis y media avistó el lugar.

Se llamaba Algee.

Algee.

Para cualquiera al que hubiesen transportado narcotizado desde una ciudad cualquiera a Algee, al despertar hubiera creído hallarse en unos estudios cinematográficos al aire libre, donde se hubiese construido una ciudad expresamente para rodar alguna historia del lejano Oeste.

Algee tenía todas las trazas de ser arrancada de la secuencia de un filme.

Tenía una sola calle que se ensanchaba hacia la mitad, por dónde la cruzaba un sendero que se dirigía a la residencia de mayor tamaño y también la que parecía hallarse en mejor estado.

Una ciudad en un llano rocoso. No habría más allá de una treintena de casas, todas de madera, que acusaban el paso del tiempo.

La calle era polvorienta, sin pavimento de ninguna clase, y lo único que le acercaba a la época actual era un *jeep* aparcado, sin su dueño, situado delante del primero de los edificios.

No se veía un ser viviente.

Nero detuvo el coche a unos cincuenta metros antes de llegar al *jeep*.

Allí había un letrero de madera donde estaba escrito:

«Algee, 300 habitantes».

Nero pensó que era imposible que allí pudieran morar trescientas almas. Por demás, el letrero parecía haber estado escrito

en la época de la colonización.

Volvió a mirar al *jeep*.

Casi desentonaba.

Lo que cualquiera podía imaginar ver allí, eran reses, vaqueros a caballo y pistoleros.

Sí. El *jeep* desentonaba, como algo que rompía el conjunto.

Sin embargo, aquella localidad ignorada hasta en los mapas existía. Existía en pleno siglo XX, en la época espacial en la que la Luna había sido ya pisada por el pie humano. En la época de la electrónica era posible encontrar un lugar como aquel, perdido en los confines de dos estados.

Sin embargo, Bob Nero no parecía demasiado sorprendido.

Había vuelto a dar marcha a su coche y pasaba ahora por delante del *jeep*.

Observaba las casas.

¡Había un hotel!

«Yellow Hotel, *saloon*, bar».

Y más allá un almacén-general y metido más adentro, después del cruce, pudo ver un pequeño edificio de ladrillo.

Sonrió pensando que de un momento a otro iba a surgir el *sheriff* con un sombrero de *cow-boy* y la pistola en el cinto.

Se fijó en la cantina de su derecha y en la antigua capilla con torre igualmente de madera. Había una campana en lo alto.

Se detuvo justo en el cruce y miró hacia la casa con aspecto más señorial.

Era bastante grande y disponía de un porche que protegía toda la entrada.

Volvió la mirada para seguir con el resto de las casas. Parecían ser de vecinos, aunque todavía no había asomado ninguno.

Lo más chocante era lo que parecía ser una cuadra. Alguien había pintado:

TALLER DE REPARACIONES

Nero sonrió.

Aquel letrero parecía otra incongruencia.

Hacia el final de la calle, de nuevo empezaba el descampado.

No obstante, había algo chocante también para un forastero. Ese algo era el Banco.

Un Banco, sí. Pequeño, con una reja en la única ventana y una puerta igualmente reforzada. Era el segundo edificio también de ladrillo, aunque igualmente carcomido por el paso del tiempo.

Dio la vuelta para volver hacia el hotel.

De la ventana de una de las casas una mano retiró una cortina, y un par de ojos se clavaron en el forastero en el momento en que salía del coche y se dirigía al portaequipajes para sacar las dos maletas.

Aquellos ojos siguieron escrutando al forastero hasta que traspuso la puerta de dobles batientes para entrar en el hotel, bar y *saloon*, conforme se anunciaba en la entrada.

Las sillas y mesas del vestíbulo se hallaban polvorientas, como si de hecho aquello llevara meses sin estar concurrido.

También había polvo en el mostrador del bar.

Miró hacia el otro lado. El local se agrandaba hasta el pequeño escenario de lo que debía ser —debió— el *saloon*.

Al otro lado, cerca de donde se encontraba, había el mostrador de recepción del hotel y casi enfrente la escalera de madera.

Nero se aproximó al pequeño mostrador y vio el timbre. Lo golpeó y aguardó.

Volvió a golpearlo y, tras sonar la aguda campanilla, levantó la voz para decir:

—¿No hay nadie en el hotel? ¡Eh! Ha llegado un cliente.

Entonces, en algún lugar del piso alto, se oyó gruñir una puerta y enseguida sonaron unos pasos que hicieron crujir la madera.

La puerta volvió a cerrarse con el rechinar de goznes y los pasos tomaron a sonar en el entarimado.

Eran dos pesadas y sucias botas las que avanzaban cansinamente hacia la escalera.

Bob Nero continuó esperando.

CAPITULO V

Chicago, tres meses más tarde.

Connie Logan saltó de la fábrica la última.

El resto del personal, excepto el de los turnos de guardia, había salido ya y el gran aparcamiento para los coches de los productores se hallaba vacío.

Connie caminó hacia la salida.

Saludó al portero y cruzó la puerta metálica. Al otro lado estaba el coche.

Un hombre joven y bien parecido asomó por la ventanilla.

—¡Connie!

Ella se volvió.

—¡Hola, Sam! Creí que te habías marchado...

—Me entretuve un poco y luego me dije que podía esperarte... A menos que tengas algún compromiso.

—No, no lo tengo. Yo nunca tengo compromisos.

—Se había aproximado y él le franqueó la puerta.

—Será porque no quieres. ¿Dónde te llevo?

—Me iba a casa. Hubiese esperado el último autobús de la fábrica y luego lo de siempre. A ver la televisión o leer un rato.

—No es una vida muy divertida.

—¿Qué quieres que haga?

—Por ejemplo... dejarme el día de hoy en mi mano. ¿Nunca has pensado en variar la rutina?

—Sí, lo he pensado... Pero a la hora de la verdad no sabría qué hacer.

Él había puesto en marcha el coche y tras un corto silencio, preguntó:

—¿Bob nunca te había invitado?

—¿Te refieres a Bob Nero? —preguntó ella.

—¿A quién si no?

—Pues... Alguna vez, pero nunca le tomé en serio.

—A lo mejor a estas horas estarías a su lado disfrutando de su fortuna.

—No bromees —murmuró ella.

Era una muchacha seria, comedida y por su semblante se la podía describir como persona introvertida, con una intensa vida interior.

No era fea, sin embargo. Su pelo llamativo contribuía a realzar su belleza, pero enseguida que se la trataba se advertía que ni el pelo ni ningún detalle de su atuendo indicaba la menor coquetería.

Vestía moderna, pero con comedimiento. Apenas si mostraba las rodillas al sentarse, pese a poseer unas bonitas piernas, bien cuidadas además y aterciopeladas.

También su cuerpo era proporcionado, pero nada provocativo, quizá porque su mirada austera impedía todo sentimiento de familiaridad hacia quien la mirase o estuviese a su lado.

A la respuesta de la joven, Sam replicó con gravedad:

—¿Crees que tengo ganas de bromear cuando hablo de ese tema?

—Tienes razón —admitió ella—. Tú y Bob Nero erais buenos amigos, ¿verdad?

—Yo pensaba que sí. Pero ya ves que uno ya no se puede fiar de nadie. Lo que lamento es haber sido yo quien lo recomendara.

—Pero tú no tienes la culpa de lo ocurrido.

—No, desde luego, pero dada cualquier cosa por poderle echar el guante.

—¿No se sabe nada?

—Nada, Connie. Tres meses y parece como si la tierra se lo hubiese tragado.

—¿Te ha dicho algo el señor Loman?

—No. No me ha dicho nada. Pero sabe que quien más interés tiene en dar con Nero soy yo. Y no por la recompensa.

—¿Cuánto paga la compañía?

—Primero era el cinco por ciento, pero está dispuesta a llegar hasta el diez por ciento del dinero que se recupere, y hasta a más llegaría. Cada día que pasa es lógico suponer que se derrochan más y más dólares de los robados.

Habían llegado ya al centro.

Tras un silencio, él insistió:

—¿No saliste ni una sola vez con Bob?

—No. No salí.

Paró el coche ante un semáforo y ella murmuró:

—Me gustaría poderte ayudar, Sam.

—Sí, lo sé... Sólo que por hoy no deseo seguir pensando más en este asunto. —La miró unos instantes antes de poner el coche en marcha otra vez y añadió—: Necesito olvidar por unas horas... En eso sí puedes ayudarme.

Ella sonrió.

—Creo que he estado demasiado ocupado últimamente —murmuró el joven.

—¿Por qué?

—Porque hubiera tenido que ir más a menudo por la fábrica... Para invitarte a salir.

—Ya te he dicho que salgo poco.

—Eres muy bonita, Connie.

Ella bajó los ojos, como si el cumplimiento de su acompañante la ruborizara.

—Me conoces de toda la vida —musitó Connie al fin.

—Sí. Pero de repente me doy cuenta de que te has convertido en una mujer encantadora.

—Nos vemos bastante a menudo.

—Por eso soy un idiota, porque viéndote apenas si me fijaba en ti.

—Soy una persona insignificante, Sam.

—No tanto, Connie, no tanto. Para mí de veras que no lo eres.

* * *

Ella había dudado ligeramente, pero al fin accedió a subir al moderno apartamento de Sam Baker.

Vivía en el centro con todo el lujo que su cargo en la compañía de seguros le permitía.

Bebieron. Ella nada de alcohol. Él tomó un par de *whiskys*.

Hablaron. Hablaron del tema en que ambos estaban a la par. Su niñez. La niñez de ambos cuando sus familias eran vecinas.

—Fueron diez años. Nos hicimos mayores sin darnos cuenta —

murmuró él cuando iba por su tercer vaso.

Ella apuró una Coca-Cola.

—Tú te marchaste a Nueva York —musitó ella.

—Bueno... Quería conocer cosas nuevas. Y allí me enrolé en la compañía para terminar siendo destinado a Chicago otra vez... No ha pasado mucho tiempo, pero a veces me parece que hace siglos...

—No eres tan viejo...

El aparentaba unos veintiocho años, unos cuatro más que Connie. Era más bien alto y de corpulencia media. Vestía con elegancia y parecía adivinarse bajo las bien cortadas ropas una musculatura bien cultivada, propia de quien sabe cuidarse.

—Bueno. Olvidemos la niñez... ¿Dónde quieres que te lleve?

—Pero... Si es tardísimo —repuso ella mirando el reloj.

—Vayamos a cenar.

—Oh, Sara... ¿Crees que es necesario?

—Has prometido ayudarme por unas horas. Al diablo el dinero y Bob Nero, y todo. Esta noche no quiero pensar en nada.

Pero tendría que pensar. Sí. Tendría que pensar, y bastante más de lo que suponía.

* * *

Connie había pasado un momento por su casa, pues se empeñó en cambiarse de vestido.

Cuando regresó al coche, él no pudo evitar un silbido de admiración.

—Estás elegantísima y muy bella.

—No exageres.

—No exagero.

—Es un vestido nuevo que no he tenido grandes ocasiones para lucirlo.

Él puso en marcha el coche y hablaron de banalidades.

—¿No has empezado las vacaciones todavía?

—En la oficina hay trabajo y no tengo plan para ir a ninguna parte...

—Recuerdo que alguna vez dijiste que querías ir a visitar a no sé qué lejanos parientes.

—A tía Marcia. Tú no la conoces.

—¿Y no vas?

—¡Oh! Viven en California. Eso está lejos y el viaje es caro.

—¡California! Estuve una vez. Me gustaría ir ahora con este calor. Recuerdo la playa de Long Beach.

—Yo no he ido nunca...

Pensó fugazmente que si resolvía el caso de Nero bien podría tomarse unas vacaciones, pero lo desechó.

Seguía en su firmeza de no querer pensar más en todo aquello.

Fueron a cenar al Michigan Club, un lugar de postín. Ella, a pesar de su timidez, supo desenvolverse bien. Bailaron tras la cena y vieron las atracciones.

En una ocasión, al regresar a la mesa, el camarero se aproximó para preguntar:

—¿Es usted el señor Sam Baker?

—Sí, soy yo.

—Hay una llamada telefónica para usted.

—Pásela.

Levantó los hombros en señal de extrañeza.

—No sé quién puede saber que estoy aquí —murmuró mientras el camarero enchufaba el teléfono supletorio.

—Puede hablar, señor.

Tomó el auricular y dijo:

—Sam Blake al habla. ¿Quién es?

Del otro lado del hilo le llegaba una leve respiración pero nadie le contestó.

—¡Diga! ¿Quién es? —repitió.

Entonces colgaron.

—Es extraño —murmuró colgando a su vez.

—¿No ha contestado? —inquirió ella.

—No. Pero había alguien.

—Tal vez querían asegurarse de que estabas aquí.

—Tal vez —repuso él pensativamente.

CAPITULO VI

Pensaba todavía en aquella extraña llamada de regreso del club, para acompañar a Connie a casa.

De cuando en cuando miraba a través del retrovisor. El tránsito era escaso y podía verse el coche que durante tres manzanas parecía seguir al suyo.

—¿Nos siguen? —preguntó ella.

—No estoy seguro.

Aceleró ligeramente.

El auto que iba detrás, al llegar a la esquina, dobló a su derecha y desapareció por completo.

—No. No nos seguían —murmuró Sam.

Sin embargo, algo le preocupaba. Ella le miró reiteradamente, pero no hizo preguntas.

Llegaron al fin.

—¿Te acompaño hasta tu casa? —preguntó el joven.

—Oh... si tú quieres, pero es muy tarde.

—El tiempo de tomar una copa.

—Temo que no podré ofrecerte nada. Yo no bebo.

—Aunque sea un vaso de leche.

—Está bien, sube... Pero solo un minuto.

Le dio el bolso para que Sam extrajera la llave de la puerta de la calle.

Entraron y ella indicó:

—Es en el primer piso. No hay ascensor.

—Así hacemos ejercicio.

Antes de cerrar la puerta, Sam echó una ojeada a la calle. No había nadie.

Subieron. El apartamento de la muchacha era el primero, delante del tramo de escaleras.

El abrió la puerta y le cedió el paso. Connie encendió la luz.

—No había estado nunca aquí —murmuró el joven.

—Es bastante sencillo.

—Pero se nota la mano femenina que lo arregla.

—Me gusta tener la casa aseada... Casi nunca me muevo de aquí.

El observó la salita. Recoleta, confortable, llena de detalles.

En la mesita, junto a una de las butacas, había el teléfono. Lo miró recordando la llamada del club.

—Alguien tuvo que seguirnos —murmuró—. Y me gustaría saber con qué motivo.

—Disculpa, Sam... voy a quitarme los zapatos; me duelen terriblemente.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Es que son nuevos, ¿sabes? —sonrió ella y se aproximó a la puerta del dormitorio para añadir—: Y no pienses más en esa llamada.

El asintió rutinariamente y ella pasó a su habitación.

Sam se sentó en la butaca y distraídamente ojeó una revista que había en el revistero.

Ella asomó un instante.

—Si quieres leche, está en la nevera.

—¿Y dónde está la nevera?

—Aparta la cortina que hay al otro lado —se volvió a meter en el cuarto.

Él se levantó y fue hacia el lugar indicado. La cortina que le había señalado la joven ocultaba un hueco que servía de cocina. Sobre un pequeño mostrador estaba el hornillo, luego había sitio para varios estantes y una alacena. A un lado estaba el frigorífico.

Lo abrió y sacó una botella de leche empezada.

—Si te esperas un minuto, te haré café —dijo ella desde el cuarto.

—No. Prefiero la leche fría —repuso él.

Sonó el teléfono de la mesita y Sam instintivamente se volvió y quedó mirando el aparato.

A la tercera vez que sonó el timbre, él preguntó alzando la voz:

—¿Quieres que lo coja?

—No. Ya salgo —repuso ella, y apareció un segundo después con una bata acolchada.

Sam consultó el reloj.

—Son más de la una de la madrugada.

—Sí. Es extraño que llamen.

Cogió el auricular y preguntó:

—¿Diga?

Repitió la pregunta un par de veces más y colgó más extrañada todavía que cuando había tomado el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

—No ha dicho nada, Sam —repuso ella visiblemente afectada.

Rápidamente, el hombre buscó la ventana con la mirada. Abrió y asomó.

—¿A quién buscas?

—Nos han seguido. Esa llamada era para mí. Saben que estoy aquí.

En la calle no se veía nada, pero a unos treinta metros, cerca de la esquina, había una cabina telefónica.

Podía verla bastante bien y le pareció que no había nadie dentro.

—¿Tienes unos prismáticos?

—Sí, creo que sí.

—Búscalos, corre.

Ella tardó medio minuto en encontrarlos. Se los ofreció.

Sam miró a través de ellos, graduándolos.

Vio desde muy cerca la cabina. En efecto, estaba vacía y también la calle se hallaba solitaria.

Al ser un piso bajo le permitía ver incluso los portales.

Los prismáticos acercaban las cosas, pero en ningún lado se veía persona alguna.

Cerró la ventana.

—Esto no es una simple broma... —murmuró.

—¿Tienes idea de quién pueda ser?

—No. No la tengo. Lo siento. Connie. Voy a dejarte. Es posible que el autor de esas llamadas esté escondido en algún lugar cerca de aquí. Puede que me siga. Me gustaría saber quién es y qué pretende.

Ella le acompañó hasta la puerta. Se miraron.

—Temo que hayan querido estropearnos la noche —murmuró él.

—En lo que respecta a mí te aseguro que no lo han conseguido,

Sam.

Lo dijo con voz queda, melodiosa.

Él se acercó más y observó los labios de la muchacha. Una tentación irresistible le empujaba a besarlos.

Desistió. Quizá pensaba que no era el momento. A él sí que aquellas llamadas le habían estropeado la noche. No podía evitarlo, se sentía intranquilo y extrañado a la vez.

Tenía la sensación de que mil ojos le estaban observando. ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

Por su cargo de inspector podía tener algunos enemigos. A más de uno había desenmascarado cuando pretendía estafar a la compañía, fingiendo un accidente o un robo para cobrar la prima.

Pero... ¿se trataba solo de esto?

—Volveré a llamarte, Connie —prometió para irse definitivamente.

—Sí, Sam. Cuando quieras.

Luego ella abrió automáticamente la puerta de la calle desde el piso y Sam salió. Se metió en el coche y condujo despacio aguzando los ojos, intentando ver si alguien le seguía.

Sin embargo, llegó hasta su casa sin haber descubierto nada sospechoso en torno suyo.

Ni a corta ni a larga distancia nadie parecía haberle seguido.

Sin embargo, cuando abrió la puerta encontró la nota.

Era un sobre. Sin duda lo habían introducido por la ranura durante su ausencia.

Lo abrió y leyó la escasa escritura:

«Ayúdame, Sam. Me he metido en un lío. Por favor, no avises a la policía. De lo contrario, nunca podrías recuperar el dinero.

«Bob.»

¡La letra era de Bob Nero!

La examinó atentamente junto a una de las lámparas de sobremesa y no le cupo la menor duda. Tanto la letra como la firma eran suyas.

Pero... ¿cómo podía pedirle ayuda?

¿Cómo después de haber robado un millón cien mil dólares, que

había tenido que pagar la compañía, osaba todavía pedirle ayuda?

Con la nota en la mano se dejó caer en el diván.

—A menos que... —pensó en voz alta—, que no esté solo en el asunto... Puede que estén mezcladas otras personas y quieran darle esquinazo.

Pensó en aquella hipótesis.

Sí. Cabía en lo posible que, viéndose perdido, Bob Nero tratara de fastidiar a sus cómplices pidiendo ayuda al que siempre había llamado su mejor amigo.

¿Qué no se podía esperar de un hombre que, tras ganarse la confianza, prepara y ejecuta tan limpiamente un robo de aquella envergadura?

Releyó la nota.

«Me he metido en un lío...»

Sí. Estaba en un lío desde el día del robo, pero hasta entonces nadie había logrado dar con él.

«No avises a la policía...»

No. No pensaba avisarla. Se había prometido a sí mismo que lucharía hasta el fin para encontrar a Bob.

Había hecho del caso un asunto personal, por haber sido él quien lo había recomendado a la compañía. Ahora sentía la obligación de encontrarle y quería hacerlo sin ayuda.

Por fin parecía que, al cabo de tres meses, se presentaba la oportunidad.

Pero ¿dónde ir?

La nota no decía nada más y carecía de señas.

—¿Dónde diablos quiere que vaya? —masculló Sam pensando de nuevo en voz alta.

Aquella noche ya no pudo conciliar el sueño. Relacionaba la nota con las dos llamadas.

Tenía la sensación de hallarse estrechamente vigilado.

Arrebujaado entre las sábanas pensaba una y otra vez en aquello.

¿Por qué Bob Nero no había sido más explícito?

—Mandaré otra nota o intentará ponerse en contacto conmigo —dijo de nuevo hablando consigo mismo.

El amanecer le pilló todavía con los ojos abiertos.

CAPITULO VII

Sam pasó casi todo el día repasando los expedientes de Bob.

Buscaba casos, nombres de personas relacionadas con presuntas estafas que no llegaron a realizarse.

—¿Crees que encontrarás algo? —preguntó el director.

—No lo sé, Loman, no lo sé.

—¿Piensas que pueda tener algún cómplice?

—Que se viera envuelto en eso...

—Tenía la obligación de decírnoslo.

—De acuerdo. Yo no digo que le obligaran.

—Tú conocías a sus amigos.

—Bob tenía pocos amigos. Le gustaban más las chicas.

—Robar para gastarse el dinero alegremente con una chica. Es un buen móvil.

—Mira, Loman, cada vez estoy más convencido de que solo no pudo hacer esto... Se ha sabido que tenía por lo menos una llave falsa. La de la puerta trasera de la fábrica. Una puerta que nunca se usa.

—Él fue contigo cuando se hizo la inspección antes de aceptar el riesgo. Ambos tenáis acceso a las llaves.

—Sí. Es verdad que pudo cogerla. Eso ya quedó dicho en el informe presentado a la policía, porque, además, en todo momento se le vio solo... Pero tuvo que ir allí un día para cambiar el extintor y suplirlo por el que iba preparado con el gas. ¿Lo hizo él también?

—En el informe se hacía constar que ningún empleado de la casa de los extintores había ido a cambiar ninguno de ellos. Lo que parece indicar que esa sustitución tuvo que efectuarse de noche, lo cual pudo hacerlo perfectamente Nero.

—Fui el primero en admitirlo, Loman... Pero ahora tengo motivos para pensar que puede haber alguien más.

Calló lo de la nota. No quería comunicarlo a Loman porque el

director hubiera sido partidario de comunicar con la policía.

—¿Cree que esos posibles cómplices puedan surgir de las fichas?

—Aquí están anotados los nombres de algunos granujas. El los conocía como ayudante mío... Quizá alguno de ellos consiguió convencerle de algún modo.

—Alguno de esos granujas que dices están cumpliendo condena.

—Déjame trabajar, Loman. Sé que algo encontraré.

—Sí, Sam. Trabaja, pero no te agotes. Llevas tres meses detrás de esto. Tú no tienes la culpa.

Dirigió una larga mirada a Sam y desapareció dejándole solo en el archivo.

El inspector continuó trabajando. Anotó algunos nombres y luego hizo algunas consultas con respecto al paradero de varios de aquellos hombres que tuvieron relación con Bob Nero.

Al término de la jornada había anotado en un bloc un nombre:

«Charles Masterson».

Junto a este nombre estaban los de tres muchachas.

«Lola Diamont», de profesión bailarina.

«Shilla Craig», dependiente de un bazar.

«Myrna Dalton», camarera de bar.

En su día, Sam Baker ya investigó en torno a esas tres muchachas. De entre las muchas amistades femeninas de Bob Nero, esas tres destacaban y Sam, veterano en investigaciones por cuenta de la compañía, había dispuesto incluso seguir a las chicas por si Bob cometía la torpeza de intentar reunirse con alguna de ellas.

No ocurrió nada. Las tres continuaron haciendo su vida normal y ahora, tras aquella nota recibida el día anterior, Sam, volviendo a la carga, agotando todas las posibilidades, había dado con aquel nombre: Charles Masterson.

Era quizá una idea descabellada, desconectada del asunto, pero aquellas líneas le daba en la nariz que querían indicar la complicidad de alguien más y seguiría la nueva pista que él mismo consideraba bastante trivial.

Con los informes obtenidos tomó el coche para dirigirse al bar que regentaba Charles Masterson.

De camino pensó en el caso en que estuvo envuelto el tal Masterson.

El asunto se retrotraía a dos años antes.

Un pequeño laboratorio asegurado de incendio ardió.

La posterior investigación puso de manifiesto que el incendio había sido provocado.

Masterson trabajaba en las calderas y el fuego había partido de allí.

No pudo probarse que fuera él quien, pagado por su dueño, originara el incendio, fingiendo un accidente. No obstante, en los muchos oficios desempeñados por Masterson había dejado huella poco grata de su paso.

En la actualidad regentaba un bar en un suburbio, aunque se ignoraba cómo se había agenciado el dinero.

Sam detuvo el coche cerca de la entrada del local. Tenía todo el aspecto de un turgurio.

Momentos después entró.

Charles estaba detrás del mostrador. Le reconoció enseguida.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh, Masterson? —sonrió Sam ocupando uno de los taburetes colocados delante del mostrador.

—¿Qué le trae por aquí, sabueso? —preguntó aproximándose.

Era el único ocupante de la barra, a excepción de un tipo que parecía haber bebido más de la cuenta y que estaba al otro extremo, delante de la caja registradora.

—Tenía sed. Entré y... ya ve lo fácil que resulta a veces encontrar a las personas.

—Si busca algo, se ha equivocado de lugar.

—Un buen *whisky*, doble, con hielo y soda.

Masterson, individuo de treinta y tantos años, malcarado y con una sonrisa entre cínica y agresiva, accedió a servirle, colocándole el vaso delante con los peores modos.

—¿Recuerda a mi amigo Nero, Masterson? —preguntó Sam paseando su mirada por el local.

—Buena se la jugó, ¿eh? Lo leí en los periódicos y lo celebré con una buena borrachera... Tuvo gracia lo que hizo.

—Sí. La tuvo.

—Deberían seleccionar mejor a su gente...

—Ya lo hacemos. Pero ya se sabe que aún en el mejor cesto de manzanas, puede haber una podrida.

—O varias —repuso Masterson significativamente.

—A lo peor, el contagio le vino de fuera.

—Equivoca el camino, sabueso. Ya le dije que aquí no encontraría colaboración.

—Yo nunca colaboraría con usted, Masterson.

—¿Qué le duele, Baker?

—A mí nada.

—Me tiene ojeriza porque entonces no pudo probarme nada... No es tan listo como cree.

—No dije que lo fuera.

—Por su culpa me vi en la calle. Si su asquerosa compañía hubiese pagado, yo seguiría allí.

—¿No le va mejor aquí? Debió costarle bastante dinero. El local es grande, aunque huela mal.

—Si no le gusta, lárguese. No es mío. Yo solo soy el encargado.

Sam continuó observando. Se fijó en la puerta que comunicaba con la cocina. Una camarera salió con una bandeja para servir un par de bocadillos y otras tantas cervezas a los clientes de una mesa.

Se fijó en aquella mujer.

Ella también alzó la mirada, como si presintiese que la estaban acechando.

En los labios del inspector de seguros apareció un nombre:

«Myrna Dalton».

La camarera amiga de Bob Nero.

¿Acaso aquella pista seguida al azar era la mejor de todas?

Masterson rompió la tensión de aquel intercambio de miradas entre Sam y la muchacha.

—Cuando termine su *whisky*, váyase.

—Tal vez quiera otro.

—Invita la casa, Baker. Una sola vez.

—Tengo dinero.

—Guárdelo y váyase.

—Bueno. No he venido a discutir.

Dejó el *whisky* a medio tomar y murmuró levantándose del taburete:

—Cuando quiera invitar a alguien, hágalo con algo que valga la pena. Eso es aguarrás puro.

Salió del bar y se metió en el coche.

Apenas acababa de salir cuando Masterson se dirigió hacia un par de sujetos. Uno tenía aspecto de luchador de lucha libre. Era

alto, de apariencia fuerte, macizo.

El otro no parecía profesional de la lucha, pero era más alto todavía, con buenos bíceps.

Ambos iban en mangas de camisa y tomaban cerveza para saciar la sed producida por el calor de la noche.

Tras la charla con Masterson salieron del establecimiento por la puerta principal.

CAPITULO VIII

Sam Baker había dado marcha al coche para detenerlo en el callejón. Maniobró para dejarlo en situación de poder salir y aguardó.

Esperaba la salida de Myrna Dalton.

Entretanto estaba meditando en la posibilidad de que de algún modo u otro tanto aquella muchacha como Masterson pudieran saber algo con respecto a Bob Nero. ¿Por qué no?

Los dos amigos de Masterson habían estado escudriñando la calle. Uno de ellos, el que tenía aspecto de luchador, hizo seña al otro y miró hacia el coche.

El más alto asintió con la cabeza. Cruzó la calle y se situó en la acera de enfrente para ir más allá del callejón y luego regresar por el lado contrario.

El de la cara de púgil profesional se aproximó al auto.

Sam le examinó unos momentos mientras el otro se inclinaba.

—¿Me da lumbre? He terminado los fósforos —dijo el tipo con voz cascada.

Sam miró al otro lado y vio al otro que avanzaba también hacia la misma dirección.

Sacó una cartera de cerillas del bolsillo y se las ofreció, mientras con el rabillo del ojo buscaba la proximidad del otro. La calculaba porque comprendía que aquello iba por mal camino.

El tipo con cara de luchador encendió una colilla de puro y alargó la mano para devolver las cerillas.

—Gracias, amigo.

Sam sentía la presencia del otro muy cerca del coche.

El luchador, al entregarle las cerillas con una mano, hizo funcionar la otra con extrema rapidez y consiguió sujetar a Sam por las solapas tirando de él con fuerza.

El inspector de seguros se sintió empujado hacia afuera. El otro

había conseguido hacerle asomar hasta los hombros y seguía tirando.

Sam oyó cómo la otra puerta se abría.

El otro tipo había entrado en el coche y mascullaba:

—Hay que sacarlo fuera.

Sam, a pesar de su incómoda postura que le imposibilitaba de todo movimiento con los brazos, pudo utilizar los pies. Los juntó y pegó un doble patadón al otro agresor.

El tipo recibió el impacto en el abdomen y saltó hacia atrás. Como no había cerrado la portezuela no paró hasta llegar al suelo.

Sam sabía que si no salía de aquella situación lo antes posible, volvería el otro y ya sería un poco más difícil poderle sorprender.

Bajó la mano para abrir la puerta.

El otro seguía tirando de él con mayor fuerza todavía.

Sam consiguió dejar la cerradura libre y la empujó suavemente.

Como el luchador tiraba, la puerta cedió y ante lo inesperado, su rival trastabilló ligeramente perdiendo pie.

Inmediatamente Sam se echó hacia atrás para quitar la cabeza de la ventanilla.

El del otro lado se había levantado ya y corría hacia la puerta.

Sam la abrió violentamente alcanzándole en el cuerpo. El otro, al recibir el golpe, cayó de nuevo lanzando una exclamación.

El inspector de la compañía de seguros salió por el mismo lado cuando el tipo con cara de luchador daba la vuelta para alcanzarle.

El que había caído se incorporaba ya y en su rostro podía leerse el ansia de devolver los dos golpes recibidos.

Le acorralaron en la pared del callejón y el luchador hizo un amago profesional para soltar el primer golpe.

Sam no pudo evitarlo y su espalda rebotó contra la pared, mientras el otro le embestía con la cabeza.

Sintió el segundo golpe en el estómago y notó un ligero desfallecimiento.

Habían sido dos trompazos terribles que le alcanzaron de lleno y se acercaba el tercero.

Vio venir el puño derecho del luchador para chocar contra su rostro.

Sabía que si no evitaba la nueva «caricia» se vería en serios apuros para sobreponerse.

Fueron sus reflejos los que en una fracción de segundo le hicieron rectificar su posición. El golpe le alcanzó solo parcialmente, y ya tenía que esquivar el otro.

Se hizo a un lado evitando la acometida del tipo al que había conseguido derribar un par de veces. Los golpes a él dirigidos dieron en el aire y Sam retrocedió cerrando la guardia.

No le daban tregua.

—Sujétale, sujétale —masculló el luchador.

—Déjame para mí. Le voy a dar una lección que no olvidará en su vida —repuso el otro, babeando.

Sam era fuerte, pero se estaba enfrentando con dos tipos superiores en peso que además habían conseguido debilitarle con los primeros golpes.

Tenía que arriesgarse y sacarse por lo menos a uno de encima para igualar la lucha.

Esperó el ataque del luchador. Consiguió parar el directo de izquierda que había lanzado.

Enseguida soltó la derecha hacia el rostro.

El luchador no esperaba sin duda la reacción fulminante y acusó el golpe, pero no cayó.

Y mientras, el otro tipo intentaba darle la vuelta para coger a Sam por detrás.

El joven se revolvió rápido y soltó una patada que alcanzó a su enemigo en la pierna.

Lanzó un grito propio de animal herido.

Sam aprovechó la ocasión para accionar sus puños como martillos. Un golpe de arriba abajo alcanzó la cabeza de su antagonista que volvió a gritar.

Le enderezó con un gancho de izquierda para terminar golpeándole con las manos unidas.

El tipo cayó como un fardo para chocar primero contra la pared y quedar luego inmóvil en el suelo.

Sam no pudo evitar que el otro le tomara ventaja y le atacara con un buen directo que consiguió tumbarle.

El luchador se lanzó como una fiera cuando Sam todavía no había tenido tiempo de incorporarse.

Ahora le atenazaba el vientre con la rodilla y cogiéndole la cabeza con ambas manos la hacía golpear contra el suelo.

Sam no podía evitar aquellos golpes a pesar de que se esforzaba por no dejarse zarandear.

Recibió tres, cuatro, hasta cinco golpes.

Pensó que no podría seguir resistiendo por mucho rato. A pesar de que intentaba amortiguar los impactos no podía evitar que su cabeza chocara cada vez contra el suelo.

«Si consigo echarlo...», pensó.

—Pero la rodilla del luchador actuaba como una apisonadora.

Con un tremendo esfuerzo Sam logró apartar ligeramente a su antagonista, que tuvo que aflojar momentáneamente la presión que ejercía sobre el vientre de Sam, quien rápidamente actuó con las piernas, golpeándole el hígado.

El luchador soltóle la cabeza para defenderse.

Sam se incorporó de un salto y cuando el otro quería alcanzarle de nuevo, hizo una extraña cabriola aprendida en sus clases de karate y derribó a su adversario empujándole con los pies.

El luchador se incorporó rápidamente para recibir un nuevo golpe efectuado con la misma precisión y contundencia.

Aquella vez fue más remiso en levantarse y Sam le esperaba con la guardia cerrada.

El luchador quiso sujetarle las piernas pero Sam, al advertirlo, le soltó un rodillazo que le mandó a medir el suelo con la espalda.

Ahora ya le tenía a su merced, pero el otro gigante se removía como si empezara a recobrarse.

Sam estaba pendiente únicamente del luchador que había vuelto a incorporarse, aunque evidentemente estaba *groggy*.

En tal estado es cuando un profesional puede ser más peligroso. Sus golpes se vuelven contundentes porque suelen coger al adversario demasiado confiado.

Sam no estaba dispuesto a dejase sorprender.

Le sujetó por la camisa y lo aproximó para soltarlo, al mismo tiempo que con la mano abierta le golpeaba a diestro y siniestro.

El luchador, que apenas se tenía en pie, trastabilló para chocar contra la pared y deslizarse nuevamente hasta el suelo.

Todavía no estaba vencido y quiso demostrar su aguante levantándose de nuevo.

Recibió entonces el directo definitivo de Sam que, a pesar de su inferioridad de peso, consiguió mandarle al suelo fuera de combate.

Se volvió para ver si el otro seguía igual, pero ya lo tenía encima. De algún lugar el compinche del luchador había cogido un palo, y lo esgrimía en lo alto.

Lo dejó caer contra la cabeza de Sam que no pudo evitar el golpe y cayó totalmente inconsciente.

CAPITULO IX

Cuando despertó le dolía la cabeza profundamente y en el rostro notaba la hinchazón de los golpes recibidos.

También tenía un chichón en el lugar donde había recibido el golpe definitivo.

Todo estaba oscuro y la escasa luz que llegaba de la calle solo le permitió ver la silueta de su coche a la entrada del callejón. A él, sin duda, lo habían arrastrado para dejarle más atrás.

Andó dando traspiés hasta la calle y observó que el bar de Masterson estaba cerrado. De los hombres que habían mandado contra él, naturalmente no había quedado el menor rastro.

Se metió en el coche a medida que iba recobrándose.

Conducía con una mano mientras con la otra intentaba encontrar su agenda. Dio con ella y buscó.

«Myrna Dalton».

Miró las señas.

Eran las diez, algo tarde, pero no le importaba en absoluto. Quería hablar con ella.

Diez minutos más tarde el coche se detenía en las señas que correspondían al domicilio de la camarera.

Era un edificio viejo, de casas poco menos que ruinosas.

Subió el tramo de escaleras que daba acceso al portal de la calle. La puerta estaba cerrada.

Buscó en su bolsillo. No era la primera vez que tenía que abrir una puerta con sus propios medios.

Lo consiguió improvisando una ganzúa. Aquella clase de cerrojos era demasiado corriente para que pudiera resistírsele.

Minutos después estaba ya dentro. El apartamento de la muchacha estaba en el tercer piso. Era el último del edificio.

Subió la escalera sintiendo el martilleo en la cabeza. Se había recuperado y ello hacía que el dolor se le manifestara con mayor

intensidad.

Llegó delante de la puerta y escuchó un momento.

Del interior parecía llegar una musiquilla. Podía ser de un tocadiscos o de un cassette.

Llamó con los nudillos.

Unos pasos anunciaron la proximidad de la muchacha.

—¿Quién es?

—Un amigo, abra.

—¿Quién es usted?

—Oiga, Myrna, derribaré la puerta si no me abre.

Hubo duda por parte de la ocupante del apartamento, pero al fin accedió. La puerta quedó abierta a medias protegida por la cadena.

El aspecto de Sam no era agradable precisamente ni tampoco el tono de voz que empleó para decir:

—Abra de una maldita vez.

—No tiene nada que hacer aquí. Váyase. No tengo por qué abrirle.

—Sí tienes, muñeca... Ya me han atizado bastante esta noche. Ahora me toca a mí.

—Yo no tengo nada que ver.

—Tal vez, la policía opine de otro modo si hago una llamada al teniente. ¡Vamos! No quiero echar raíces.

La mención de la policía no hizo la menor gracia a Myrna, que decidió franquearle la entrada.

Entró de golpe y echó una ojeada como queriendo asegurarse de que Myrna estaba sola.

Cerró la puerta. Vio la llave y dio la vuelta guardándosela.

—¿Qué hace?

Sam avanzó hacia la puerta del dormitorio de la muchacha para comprobar que no había nadie.

Hizo lo mismo comprobando el cuarto de aseo compuesto por una ducha, el lavabo y el WC.

—¿Qué busca?

—Bien. Ya veo que estás sola. Siéntate y charlaremos.

—No comprendo nada...

—Antes me viste en el bar de tu amigo Masterson. ¿Verdad?

Ella asintió rectificando.

—Masterson no es amigo mío. Yo buscaba trabajo y alguien me

dijo que él necesitaba una camarera.

—Qué casualidad.

—Crea lo que usted quiera, pero déjeme en paz.

—El lanzó a sus mastines sobre mí.

—No es asunto mío.

—No, claro... No lo es. Al menos que haya algo más que una venganza personal de Masterson en todo esto.

—Yo no sé nada.

—Masterson no puede tragarme. ¿Sabes?

—Le he dicho que no sé nada. Masterson no me habla de sus cosas. Yo hago el trabajo, él me paga y no me ocupo de nada más.

—Hace un par de años le atosigué bastante y estaba a punto de demostrar que él había sido el causante de un incendio provocado en cierto laboratorio para cobrar el seguro.

Myrna se encogió de hombros.

—Puede que se sintiera en deuda y por eso me haya lanzado a esos tipos, pero yo pienso algo más.

—Yo no puedo ayudarle.

—Es casual que Masterson, que en aquel asunto tuvo ocasión de conocer a Bob Nero, te haya elegido a ti que también fuiste amiga suya.

—No he vuelto a saber nada de Bob desde que cometió el robo. Ya me molestó bastante la policía entonces y usted también.

—Pues volveré a hacerlo y tendrás la policía de nuevo en tu casa si no colaboras...

—¿Qué puedo hacer? ¿Por qué demonios vuelve con lo de Bob? No he vuelto a saber de él.

Parecía sincera, pero Sam no se dio por convencido.

—Bob se encuentra en una situación apurada.

—¿Le ha visto usted?

—No. No le he visto, pero sé lo que me digo.

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Porque quizá puedas ayudarme...

—¿Ayudarle yo? ¡Está loco! Le repito que...

—Estoy convencido —atajó él— de que Bob no se metió solo en este asunto... Alguien debió metérselo en la cabeza.

—¿Y por qué yo? No era la única amiga que Bob tenía. Usted lo sabe, ¿no?

Ahora Myrna miraba a Sam casi retadoramente para añadir:

—¿Cree acaso que trabajaría en un tugurio si supiera dónde está Bob...? Esté seguro de que eligió a otra para gastarse el dinero.

—Myrna, no sé nada... No sé nada, pero descuida que acabaré descubriendo la verdad. Si tienes algo que decir dilo antes de que llegue al fondo de la cuestión. Si te acusan de encubridora pasarás una larga temporada entre rejas. Y sería una verdadera pena. Eres joven. Demasiado para pudrirte en una cárcel.

Sam hizo intención de salir de la casa y ella le ofreció:

—¿Quiere lavarse?

—Ya lo haré en mi casa.

—Ande, hombre... Se ve que le atizaron fuerte. Venga, le desinfectaré.

De repente Myrna Dalton parecía haberse dulcificado.

¿Era miedo acaso?

Sam se dejó curar.

Media hora más tarde salía de la casa. Conservaba todavía las marcas de los golpes, pero ella le había suministrado un calmante con lo que la cabeza empezaba a dolerle un poco menos.

—Adiós, Sara —musitó ella al despedirse—. Sé que me arriesgo, pero sí sé alguna cosa que pueda interesarle le llamaré por teléfono.

El asintió y salió de la casa.

Ella abrió la ventana para verle salir a la calle y subir al coche. Cuando comprobó que el automóvil se alejaba, salió para dirigirse al teléfono que colgaba de la pared de la misma planta.

Descolgó y marcó apresuradamente un número.

CAPITULO X

Todavía se notaban en su rostro los hematomas, menos hinchados después del descanso.

Loman, el director de la compañía, murmuró:

—No me digas que te has dado contra una puerta.

—Lo has acertado. Tuve un apagón y mira lo que me ocurrió por andar a tientas.

—¿Vas a salir? —preguntó al verle en pie y dirigirse hacia la puerta.

—Sí.

—Cuidado, Sam. Puede haber otro apagón.

—Llevaré cerillas por si acaso —bromeó el inspector.

Dejó la compañía, subió al coche y lo puso en marcha.

No se detuvo hasta llegar al bar de Masterson. Eran las diez de la mañana y en aquellas horas el establecimiento estaba vacío de clientela. Masterson se ocupaba de hacer recuento de botellas.

Tenía el lápiz y un bloc en la mano cuando Sam entró como un alud. Avanzó hacia el mostrador, se echó hacia delante alargando la mano hacia el extrañado Masterson, que no tuvo tiempo de reaccionar.

Masterson se sintió arrastrado hacia el lado de los taburetes.

—Oiga... ¿Se ha vuelto los...?

No pudo terminar porque Sam le había soltado para endilgarle dos directos seguidos en el abdomen y rematar su acción con un gancho que le lanzó contra el mostrador de madera que atravesó ante la contundencia del golpe.

Tiró de él sacándolo medio atontado.

—Cuando quieras algo, Masterson, ven personalmente. Estás advertido. Ahora estamos en paz.

Sam salió del local, dejando al otro sentado en el suelo mascullando algo ininteligible entre dientes.

La muchacha —Myrna— salió de la cocina.

—Pero... ¿qué ha pasado? —murmuró.

Avanzó hacia la puerta de la calle y vio pasar el coche de Sam. Comprendió enseguida y dejó escapar una leve sonrisa que se borró enseguida de su rostro cuando volvió con su jefe por sí... precisaba ayuda.

—Me gustaría matarle —masculló, entre dientes, Masterson.

Lo que Masterson ignoraba es que un par de hombres de la compañía a las órdenes de Sam Baker se habían apostado en los alrededores del bar para no perder de vista ni a su propietario ni a la muchacha.

Sam no estaba dispuesto a retirarse hasta estar seguro de que realmente no tenían nada que ocultar en lo que se refería al asunto del robo.

Regresó a su casa.

Ahora tenía que esperar.

Esperar los informes de su gente con respecto a Masterson y a la chica y también confiaba en recibir algún otro comunicado de Bob, alguna llamada, o alguna nota.

Se sirvió un *whisky* y luego comprobó en el registro de llamadas si había recibido alguna durante su ausencia.

No. La grabadora no registraba llamada alguna.

Se tendió en el sofá y abrió su agenda.

Buscó la página donde estaban anotadas las otras dos amigas de Bob: La bailarina y la dependienta de bazar.

Al cabo de tres meses le parecía una tontería volver a iniciar pesquisas en torno a esas chicas, pero es que hasta entonces no había vuelto a saber nada de Bob, en cambio ahora poseía aquella nota...

Miraba también aquellas líneas trazadas por el ladrón cuando la llamada telefónica le hizo saltar para precipitarse hacia el auricular.

—Diga.

Al principio nadie contestó.

«Igual que la otra noche», pensó.

—¡Diga! —insistió conectando la grabadora con el fin de registrar cualquier sonido.

Entonces una voz femenina, hablando muy quedamente, murmuró:

—¿Hablo con Sam Baker?

—Sí. Yo soy. ¿Quién es usted?

—Le hablo desde muy lejos, señor. Su amigo está en peligro. Me dio su nombre de usted por si quería ayudarlo.

—¿Desde dónde habla?

—De muy lejos. Si puede venir, hágalo solo. Si lleva a más gente temo que no podría ayudar a su amigo.

—Oiga... ¿Dónde es eso?

La grabadora lo estaba captando todo. No parecía haber interferencias y la voz de la comunicante de Sam, aunque hablaba quedamente, sonaba con bastante timidez.

—Es un lugar increíble, señor. Se llama Algee.

—¿Cómo?

Del otro lado del hilo colgaron.

—¡Oiga, oiga! —insistió el inspector de seguros tecleando el soporte del auricular.

Fue inútil. Nadie contestó.

—Algee —repitió Sam para sí.

Inmediatamente fue a consultar todos los mapas que poseía. Buscó el nombre en el índice.

En ningún lugar aparecía el nombre de Algee.

Dejó las cartas y se puso a pensar. El nombre no le era sin embargo totalmente desconocido.

Se precipitó hacia la puerta y en breves momentos se encontró sentado al volante de su coche camino de la compañía.

Era mediodía y la gente estaba tomando el almuerzo. Entró como un alud para revisar ciertos informes.

Cuando encontró el que quería leyó.

Era un contrato que se había suscrito a través de una compañía filial para los estados de Kansas y Colorado.

Era un seguro a todo riesgo para protagonistas y equipo de una película.

Estaba fechado tres años antes en Clarendoon.

«La película será realizada en los contornos de esta localidad, en un lugar denominado Algee».

¡Ya lo tenía!

Y aquello le hizo pensar que Bob había sido enviado a ese sitio para un asunto de la compañía relacionado con la mencionada

póliza.

Anotó en su mente el nombre de Clarendoon.

Aquella misma tarde, sin dar explicaciones, pidió unos días al director para ausentarse.

—Si tienes alguna pista, debes hacer un informe —dijo Loman un poco amoscado, pero Sam no soltó prenda.

A las cuatro tomaba un avión.

CAPITULO XI

A vista de pájaro, la pequeña localidad de Algee, daba la impresión de ser una ciudad fantasma.

Atardecía y el sol estaba próximo a ocultarse en las montañas del Oeste, lo cual hacía aparecer los edificios de madera con sus sombras alargadas casi irreales, tan irreales como la misma ciudad que el helicóptero sobrevolaba.

Sam Baker no había querido perder ni un minuto, y de transbordo en transbordo, llegó hasta el punto donde ninguna combinación rápida podía llevarle a su destino; por ello contrató los servicios del helicóptero cuyo piloto, al dar la segunda pasada sobre el lugar, manifestó:

—¿Está seguro de que es aquí donde tiene que ir?

—Esto es Algee, ¿no?

—Bueno. Yo lo conozco de casualidad. Sí, es Algee, pero ni siquiera sé si está habitado.

—Seguro que sí. Hay gente que ama la soledad.

—Amigo, esto es algo más que soledad. No deben ser muy agradables las noches en este lugar.

Sam señaló un poste de madera del tendido eléctrico.

—La civilización ha llegado al menos hasta aquí. Tienen luz eléctrica.

—No se fíe demasiado si es que piensa quedarse.

—Sólo algunos días. Ya le avisaré cuando tenga que recogerme.

—Entonces... ¿Quiere bajar?

—Sí.

—Bien. Allá vamos.

El piloto hizo descender el helicóptero sobre la ciudad que aparentemente parecía deshabitada.

El aparato descendía verticalmente junto al punto del cruce donde la calle quedaba partida por el sendero que se dirigía a la

casa mayor del poblado.

Tras una ventana, alguien separó una cortina y un par de ojos miraron hacia el aparato que descendía de lo alto.

Poco después el polvo se removía a consecuencia del viento de las hélices.

El helicóptero se había posado en el suelo y se abrió la puerta para dejar paso a Sam que llevaba un pequeño maletín como único equipaje.

—Daré un par de vueltas antes de alejarme —dijo el piloto.

—No se moleste, Wester. Pienso quedarme de todos modos.

—¡Buena suerte!

—¡Hasta la vista!

El aparato se alejó por los aires y los ojos que antes lo habían observado aproximarse estaban ahora clavados en el forastero.

Una voz cercana al individuo que sostenía la cortina preguntó:

—¿Quién diablos es ese tipo?

—Ya lo averiguaremos —repuso el otro.

Y en la calle, observando en torno suyo el panorama, Sam continuó por espacio de unos segundos mientras el helicóptero efectuaba su segunda vuelta sobre los tejados.

Cuando se alejó, Sam agitó la mano y avanzó hacia el hotel.

Ofrecía el mismo aspecto de abandono que cuando tres meses antes había entrado Bob en él.

Sam, después de comprobar que no había nadie, se dirigió hacia el timbre y lo pulsó.

La campanilla dejó oír su voz aguda.

—¡Eh! ¿Es que no hay nadie? —preguntó el recién llegado en voz alta.

No perdía de vista ninguno de los rincones.

Volvió hacia la puerta y miró a la desierta calle. Las sombras comenzaban a desaparecer a medida que el sol se ocultaba en las montañas. Pronto todo sería crepúsculo. Luego llegaría la oscuridad.

Llamó de nuevo y un minuto después chirrió una puerta y sonaron las pesadas pisadas de un par de botas.

La puerta que se había abierto en el piso alto chirrió de nuevo al cerrarse.

Las botas picaron sobre el maderamen del piso acercándose hasta la escalera para descender.

Sam escuchaba el rítmico pisar de la persona que sin prisa de ninguna clase acudía a atenderle.

«Tap-tap-tap» —seguían las botas golpeando la madera.

Se escuchó por dos veces el crujir de alguna tabla demasiado gastada.

El par de botas había llegado al rellano y comenzaron a descender.

En la calle, de un callejón situado entre dos edificios, surgieron un par de sombras que avanzaron hacia el hotel-*saloon*-bar.

«Tap-tap-tap» —continuaban las pisadas.

La disposición de la escalera impedía que Sam pudiera ver a la persona que bajaba.

Tenía que dar la vuelta para bajar el último tramo.

En la calle las dos sombras avanzaban sin prisa.

Del otro lado de la calle, otra sombra apareció surgida del interior de una casa y tomó igualmente la dirección del hotel.

«Tap-tap-tap».

Los pasos del hombre del hotel estaban ya en el último rellano. Ahora daban la vuelta para situarse de frente y descender los siete últimos escalones.

Sam se acercó al pie de la escalera sin soltar el maletín que llevaba en la mano izquierda.

De pronto apareció la figura del hombre.

Los ojos de Sam se movieron ligeramente para clavarse en el individuo que acababa de aparecer.

Luego forzó una sonrisa y preguntó:

—¿Es usted el propietario de este hotel?

El hombre, sin contestar, continuó el descenso, en forma cansina, casi como un autómatas.

Era viejo, o al menos lo parecía, aunque Sam no hubiera podido cifrar su edad. Lo mismo podía tener sesenta años, que setenta u ochenta. O tal vez más.

Su rostro, alargado y esquelético, estaba surcado por abundantes arrugas, propias de quienes están acostumbrados a pasar la mayor parte del tiempo a la intemperie recibiendo el castigo del sol, de los elementos.

Adornaba su rostro con un poblado y espeso bigote completamente blanco y en la cabeza lucía abundante pelambrera

igualmente plateada.

Las botas que usaba parecían pesar demasiado para sus débiles pies.

—Quisiera quedarme algunos días... si es que admiten huéspedes —insistió de nuevo Sam.

—Lo siento, señor —repuso el viejo con voz cascada, cavernosa—. Hace muchos años que el hotel está cerrado.

—¿No hay ningún lugar donde hospedarse en Algee? Porque esto es Algee, ¿verdad?

—Aquí no se hospeda nadie, señor, ni viene nadie.

—Un amigo mío sí que vino... hace algún tiempo. Fue él quien me recomendó este hotel... Él y una amiga.

—¿Una amiga?

—Una amiga de mi amigo —insistió Sam, deseando romper el hilo.

El viejo seguía con su rostro impenetrable, fría la mirada, como si fuera una máscara sin vida.

—No sé a qué se refiere, señor. Hace años que no viene nadie.

—No tantos. Hace tres tan solo se rodó una película.

—¡Oh! —replicó el hombre como si aquello fuese un ingrato recuerdo para él y una deshonra para el pueblo.

—Bueno —sonrió Sam tras un silencio y viendo que aquel hombre continuaba cerrándose sin dar ninguna facilidad—. Aquí no debe de vivir mucha gente, ¿verdad?

—Sólo algunos. Muy pocos y no hay forasteros.

—¿De veras?

Al preguntarlo se volvió con la extraña e incómoda sensación de que estaba siendo observado por alguien.

Evidentemente, al otro lado de la puerta de batientes pudo ver a tres hombres en un plano de medio cuerpo hasta la cabeza. El resto lo ocultaba la propia puerta, pero no importaba. Las tres fisonomías, aunque diferentes en el aspecto en general, a golpe de vista parecían corresponder a tres hermanos, había algo familiar en ellos aparte de la edad.

Los tres podían tener los mismos años que el dueño del hotel o quienquiera que fuera el tipo enjuto del pelo y bigote canos.

Eran bastante altos. Sólo uno vestía camisa azul de tela basta, los otros dos llevaban también camisas a cuadros. Los sombreros,

vaqueros todos, impedían ver el pelo, pero se adivinaba grisáceo en dos de ellos; el tercero, el que en esos momentos ocupaba el centro, debía ser absolutamente calvo, porque ni siquiera asomaba la patilla bajo el ala del sombrero.

—Buenas noches, caballeros —saludó Sam.

Los hombres avanzaron. Se abrió la puerta y entraron casi a la vez para situarse a un lado, cerca del mostrador sin quitar el ojo de encima al recién llegado.

—Estaba intentando convencer a este señor para que me hospedara... Vengo... Vengo a descansar un par de días.

Nadie respondió como si no le entendieran o estuvieran momificados. Ni siquiera pestañeaban.

—Me dijeron que este pueblo era tranquilo... Me lo dijo un amigo. Bob Nero. Deben conocerle. Estuvo aquí hace algún tiempo. Silencio.

—Y recibí una llamada telefónica de una mujer... No deben haber muchas aquí... Me gustaría saber quién es.

—Aquí no tenemos mujeres, señor —repuso la voz del individuo carente de pelo.

Sam se fijó mejor en él y le pareció algo más joven que los demás y también más fuerte.

—Imposible... Esa mujer de la que les hablo dijo llamarme desde Algee. Y no creo que existan dos lugares como éste.

—No tenemos mujer ni teléfono. Se ha confundido de sitio, señor —dijo el de la cabeza rapada.

Hablaba sin emoción, sin matizar, como si fuera un muñeco manejado por un ventrilocuo.

—Debe de existir algún error. Bueno... Hablaré con alguna autoridad. ¿Hay policía en Algee?

—Antes había *sheriff*. Hace ya muchos años, pero cuando murió nadie le ha sustituido. Somos muy pocos aquí, señor —advirtió el que hasta aquel instante se había convertido en su único informante.

—¿Cuando ocurre algo... qué es lo que hacen? —quiso saber el inspector de la compañía.

—Aquí nunca ocurre nada, señor —fue la respuesta de su interlocutor que pareció dar a entender que ya no deseaba añadir nada más, puesto que se volvió hacia la puerta aunque se volvió

para aconsejar—Será mejor que se vaya. Aquí no encontrará absolutamente nada.

—Oigan...

Los otros seguían al calvo en silencio.

—Esperen. Ahora no puedo ir a ninguna parte. Está oscureciendo. Debe haber algún sitio para poder dormir.

—No lo hay, señor —replicó impasible el otro.

Seguidamente salió del local.

Sam avanzó hacia la puerta y entonces con sorpresa vio que en mitad de la calle había otros cinco hombres. Estaban casi en fila en ligero semicírculo.

Al aparecer Sam clavaron sus ojos en él.

Uno a uno el joven les escrutó.

Sobrepasaban igualmente la cincuentena. Eran bastante altos e iban tal mal vestidos como los demás.

Después miró a derecha e izquierda y no vio a nadie más.

Cinco y tres que salían sumaban ocho, más el del pelo cano del hotel eran nueve.

¿Sería el censo total de aquel extraño y fantasmal poblado?

El crepúsculo avanzaba y el cielo oscurecía para ir tomando cada vez un azul más intenso.

Sin embargo en ninguna casa se había encendido la luz.

Se volvió para enfrentarse con el dueño del hotel.

La oscuridad ahora envolvía el local y Sam observó que no había luz.

—Escuche, buen hombre... —empezó Sam.

Pero el del pelo cano había dado media vuelta y con su parsimonioso y pesado andar se dirigía de nuevo hacia la ventana.

En la calle la gente se dispersaba.

En grupos de a dos, o cada cual por su cuenta, los hombres se alejaban hacia sus casas, hacia los respectivos lugares de donde habían salido.

El del hotel subía la escalera.

Parecía como si todos ignoraran al recién llegado y le dejaran solo. Absolutamente solo.

Y Sam salió para plantarse bajo el porche del hotel-saloon-bar.

—¡Eh, oigan! ¿Es esa su clase de hospitalidad?

Nadie respondió a su grito.

En pocos momentos los hombres desaparecieron tras las puertas.

Las casas continuaban a oscuras, como si nadie necesitara la luz a pesar de que la oscuridad empezaba a ser ya total y completa.

CAPITULO XII

Utilizando un hierro a modo de ganzúa, Sam consiguió abrir la puerta del edificio de ladrillo que había servido de oficina al *sheriff*, quién sabe si un siglo atrás.

Tanteando encontró un quinqué. Lo movió. Había petróleo, tenía mecha y funcionaba.

Lo encendió y creyó estar viviendo en una época distinta, como si todo aquello fuera un sueño.

Pero no lo era.

Alguien le había llamado.

Alguien había querido que fuese allí y allí estaba.

Algo le decía que estaba sobre la pista de Bob Nero, pero...

¿Por qué todo estaba rodeado de tanto misterio?

Se sentó en el sillón después de sacudir el polvo con un pañuelo. Se dedicó a buscar en los cajones del desvencijado escritorio.

Sacó una vieja carpeta y leyó superficialmente los amarillentos escritos. La mayoría estaban fechados en 1910. Eran informes de rutina. Una especie de diario.

«Algee desaparece. Todo el mundo se va de aquí y más marcharán si continúa la sequía. El último rancho habitado ha sido desalojado esta mañana. Era el de los Hopkins...»

Seguían otros informes.

Más escondido en el cajón y cubierto de polvo sacó otra carpeta. Las anotaciones correspondían a 1899. Casi tres cuartos de siglo.

Leyó:

«Algunos mineros han intentado probar suerte en la vieja mina del Norte, pero el filón se agotó

hace casi veinte años...»

Seguían algunos párrafos donde la tinta se había corrido.

Sam hizo una composición de lugar.

—Esta debió ser una de esas ciudades que se construían al socaire del oro... Hace casi cien años que debe de estar abandonada...

Buscó por si podía encontrar cosas de importancia y dio con un informe firmado por quien suponía el *sheriff*.

Daba cuenta de la captura de dos ladrones de ganado.

La nota era de 1915.

¡Habían sido linchados!

«No pude impedir que la gente se tomara la justicia por su mano...», concluía el informe.

Lo guardó todo y en otro cajón encontró un «*colt*» fabricado en 1880. Era del calibre treinta y ocho. El tambor todavía rodaba bien, pero le faltaba un buen engrase. Estaba descargado.

Continuó buscando y encontró una caja de municiones. Estaba medio llena.

Luego observó el resto de la estancia. Sólo había sitio para un catre y una celda única bastante grande.

La llave estaba puesta y la puerta de rejas entornada. Quitó la llave, la guardó en el bolsillo y dejó su maletín en la celda. Al menos y durante aquella noche, tendría un lugar donde descansar bajo techado.

Apagó el quinqué y salió, porque antes de que llegara la hora del descanso intentaría encontrar a alguien.

«No hay mujeres en este pueblo», le habían dicho, pero estaba seguro de que le habían mentado.

No sabía exactamente por qué, pero tenía la sensación que aquellas nueve personas de las cuales solo a dos había podido oír la voz, ocultaban algo.

En vez de echar por la calle principal tomó el callejón entre dos edificios para salir a la parte trasera de los mismos.

Se aproximó a uno de los postes del tendido eléctrico. Los cables estaban allí, sin embargo no había instalada bombilla alguna en

ninguna parte.

Más allá había otro poste con una caja adosada. Se aproximó.

La caja estaba cerrada con un candado. La forzó. La madera carcomida cedió y uno de los clavos que sujetaba el candado cayó. Así Sam pudo abrir la puerta y descubrió el teléfono.

¡Había teléfono!

Tomó el auricular, pero comprobó que no había línea. Sin duda estaba cortado.

¿Qué diablos ocultaba la gente de Algee?

Colgó el teléfono y fugazmente vio cruzar una sombra a unos doce metros más allá.

Avanzó sigilosamente.

La sombra se metió entre dos casas.

Sam llegó al callejón formado por los dos edificios en cuatro zancadas.

Aparentemente todo estaba en silencio.

Se pegó a la pared y escuchó.

Conteniendo la respiración creyó adivinar a «alguien».

Quienquiera que fuese estaba en un portalón cercano.

En el silencio percibió el ligero gruñir de una puerta.

Sin dudarlo Sam se lanzó hacia adelante.

La puerta acababa de cerrarse.

Entró en tromba y algo apareció ante sus ojos.

—¡Ah! —gritó una voz.

Fue un grito ahogado, pero Sam había sujetado al propietario de aquella voz.

Descubrió que era una mujer.

Habituados sus ojos a la oscuridad descubrió el rostro femenino.

—¡Suélteme! No quería hacerle ningún daño —dijo ella.

—Yo tampoco quiero hacerle ningún daño, pero le sugiero que no grite... Me habían dicho que no había ninguna mujer en este pueblo. Si han mentido seguramente es porque no desean que usted hable conmigo.

La soltó.

A través de la pequeña abertura de la puerta y por la incipiente claridad de la luna, Sam escudriñaba aquel rostro femenino de piel tersa y suave.

Era una muchacha joven. No tendría mucho más de veinte años.

Vestía con pantalón vaquero y camisa rosa pálido, llevaba el pelo suelto y la camisa o blusa bastante abierta.

Era una muchacha bien proporcionada físicamente. Lo ajustado de su atuendo remarcaba más sus formas.

—No. No deben verme hablar con usted. Tengo miedo de lo que podría pasar —musitó ella.

—¿Fue usted quien me llamó por teléfono a Chicago? —preguntó él.

—¿Eh?

—Usted me llamó este mediodía. Un poco antes de las doce.

—No, no —atajó ella rápidamente—. No fui yo.

—Entonces hay otra mujer, porque era voz de mujer.

—No. Yo soy la única...

—¿Y qué demonios hace en un lugar como éste?

—Es una larga historia. No creo que ahora le importe.

—¿Qué puede decirme entonces?

—Que se vaya de aquí. Que se aleje sin hacer preguntas. Su vida corre peligro si se queda.

—¿Cree que ese puñado de vejstorios serían capaces de atacarme?

—No lo sé, pero no es bueno que siga aquí.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Por qué quiere saber mi nombre? A mí no me importa el suyo.

—Yo me llamo Sam y como no pienso irme, de algún modo tendré que llamarla.

—Usted no me verá más. Ya le digo que es peligroso.

—Pero, ¿por qué?

—Hágame caso.

—Oiga, señorita... Si insiste en ocultar su nombre la llamaré...

En aquel instante una voz cascada gritó:

—Betty, Betty.

Gritó, pero sin alzar demasiado la voz. Era como un grito apagado, creyendo que nadie lo oiría.

—Dios mío —exclamó ella.

La voz procedía de la calle.

—¿Quién es? —preguntó Sam.

Asomó ligeramente y vio avanzar al viejo del pelo cano; al que

le había atendido en el hotel-*saloon*-bar.

—No salga —pidió ella.

—¿Usted es Betty, eh?

—Sí.

—¿Y ese que la llama, el del hotel?

—Es mi abuelo.

—¿Está aquí por él?

—Alguien tiene que cuidarle...

—¿De qué viven aquí?

—Rogers va todos los meses a Clarendoon a proveerse de comida. Algunos tienen pequeños huertos. Ahora ya les ha pasado la manía de ir a la mina...

—¿A la mina?

Sam recordó el escrito leído en la oficina del *sheriff*.

—Betty... Tengo la impresión de que en este sitio todos han perdido la razón. Usted parece estar en su sano juicio, pero no la entiendo... ¿Por qué dice que corro peligro?

El viejo pasó por delante del portal arrastrando los pies y llamó nuevamente:

—¡Betty!

Alguien salió de una casa cercana porque enseguida una voz de hombre masculló:

—¿Qué diablos ocurre? ¿Es que no sabes mantener encerrada a tu nieta?

—Estaba arriba. Salió sin que me diera cuenta.

—Hay que evitar que hable con el forastero —masculló la voz número dos.

—Ella no dirá nada —repuso el viejo del hotel.

—Por si acaso no me fío. Búscala y si ha hablado con él avisa a los otros.

Los pasos del viejo se alejaron. Luego se escuchó el sonido de una puerta al cerrarse.

—Creo que empiezo a comprender lo que ocurre aquí —murmuró Sam.

CAPITULO XIII

Sam se hallaba en lo que en tiempos debió ser un granero. Ahora tenía todo el aspecto de almacén abandonado.

Podía verse un altillo al que se subía con una escalera de mano y en un rincón de los bajos, entre latas vacías, se encontraba una motocicleta sin ruedas y en estado de chatarra.

Sam aguardó a que los pasos del abuelo de Betty hubiesen desaparecido y se volvió hacia la muchacha que se había sentado sobre un tronco colocado a modo de pilón.

—¿Dónde está Bob Nero? —soltó.

—¿Qué...?

—Es mejor que me diga la verdad. Hace cosa de tres meses, más o menos, vino otro forastero. No sé qué medios utilizó, pero vino aquí.

Ella no replicó.

—Ustedes le ocultan por razones obvias.

—No sé... cómo se llamaba ese hombre que usted dice —repuso la muchacha tras un silencio—. Yo nunca llegué a hablar con él.

—¿Le vio?

—De lejos. Pidió alojamiento, pero el abuelo no quiere a nadie en el hotel y le dijo lo mismo que a usted. Yo lo oía desde el piso...

—Siga.

Ella relató brevemente la escena insistiendo en que había oído la voz de Bob pidiendo habitación y a su abuelo respondiéndole más o menos con las mismas palabras con que lo había hecho a Sam.

Betty añadió:

—Supongo que debió darle dinero, porque oí cómo decía: «Quizá esto le haga cambiar de idea».

—¿Y qué contestó su abuelo? —quiso saber Sam.

—Le dijo que no admitía a nadie, y poco después desde la ventana vi al forastero alejarse en el coche.

—¿Iba con un coche?

—Sí —repuso ella.

—¿Hacia dónde?

—Por la ruta del Norte.

—¿Dónde va esa ruta?

—Es el camino de la antigua mina. Está bastante lejos.

—¿Cómo cuánto?

—A pie por lo menos una hora.

—¿Hay algún medio de locomoción?

—Trevor tiene un *jeep*.

—¿Trevor?

—El propietario del almacén... Pero no creo que se lo deje.

—¿Ni bicicletas, ni motocicletas?

—Yo tengo una bicicleta. El camino es bastante malo.

—Me apañaré. ¿Puede prestármela?

—¿Dónde estará usted?

—En la oficina del *sheriff*. En la cárcel. Hay un camastro.

—No. No se quede. Escóndase.

—Betty... Usted no me lo ha dicho todo... ¿Qué puede pasarme y por qué?

Tras un silencio él insistió.

—Si teme algo, ¿por qué no avisa a la policía?

—¡Oh, Dios mío! Esto sería lo último que haría en mi vida.

—¿Por qué?

—Mire, Sam... Mi abuelo es todo lo que tengo en este mundo, ¿sabe? Tiene sus manías, pero es una excelente persona y está muy delicado... La última vez que le vio el médico le aconsejó mucho reposo... ¿Quién le cuidaría si no?

—En un lugar civilizado podrían cuidarle. Hay hospitales...

—El jamás se dejaría internar.

—Bueno... podría intentarlo.

—Ya lo he hecho. No quiere dejar este lugar... Yo procuro hacer llevadera su vida... Hacerle grata la existencia que pueda quedarle. Si avisara a la policía... por cualquier motivo puede que... que les obligaran a todos a desalojar el pueblo. Y nadie quiere marcharse de aquí. Usted no lo comprendería... Esta es su ciudad. Los que quedan son hijos de Algee. Aquí nacieron y aquí quieren morir. Nadie les obliga, claro, a menos que se produzca algo que haga

intervenir a las autoridades. Oficialmente este lugar ya no existe. Nadie se preocupa por él, pero si el *sheriff* de Clarendoon tiene problemas vendrá con los tractores y las piquetas para acabar con todo. ¿Comprende?

—¿Esa es la razón de que los haga agresivos con los forasteros?

—No quieren a los forasteros. Desconfían.

—¿Por qué motivo?

—Piensan que puedan ser agentes que luego informen para que les echen de aquí. Esa es la única razón del peligro.

—¿Cree que... serían capaces de matarme?

—¡Dios mío! —exclamó ella.

—Conteste.

—No... Eso no. Sé que mi abuelo no sería capaz.

—Su abuelo no; pero... ¿y los otros?

Ella no contestó.

—Y si usted fuese testigo de un crimen... ¿No lo denunciaría?

—Sam, no lo comprende... Yo no quiero que se cometa ningún crimen. Deseo evitarlo para no hallarme en ese terrible dilema... Si no lo denunciara me remordería la conciencia y si lo hiciera mezclaría a mi abuelo. Sería su muerte... A usted puede parecerle absurdo, pero... yo le quiero. Si le abandonara me sentiría culpable... ¿Qué puedo hacer?

—Tiene un problema, Betty. Me gustaría poderla ayudar...

—Tengo que irme.

—¿Dónde encontraré esa bicicleta?

—Hay un cobertizo detrás del edificio del hotel —explicó ella.

El asintió.

—Puede abrir desde fuera. Se la dejaré allí, pero se lo ruego, procure dejarse ver lo menos posible.

—Betty... —él la retuvo cuando la muchacha hacía intención de ir a salir de allí.

—Es tarde.

—¿No volvió a ver a ese forastero?

—No.

—Gracias, Betty.

La muchacha salió y Sam permaneció todavía en el mismo sitio profundamente pensativo.

Parecía empezar a comprender los posibles problemas de Bob

Nero.

Tenía que estar allí, pero tal vez por alguna razón no le dejaban salir...

Hubiera deseado que hubiese amanecido para ir a esa mina.

* * *

Betty, entretanto, se deslizaba por la parte trasera en dirección al hotel.

Estaba próxima a la parte lateral por cuya puerta había salido. Convencida de que nadie la había visto se acercó a la entrada.

De pronto surgieron dos sombras.

Ella se revolvió asustada.

Casi al mismo instante dos pares de poderosos brazos la sujetaron con fuerza.

—¡No! —gritó ella.

Enseguida una mano le tapó la boca para impedirla que siguiera gritando.

La arrastraron hacia el portalón de la parte trasera, allí donde ella indicó que dejaría la bicicleta para que la utilizara Sam.

Otros dos hombres aparecieron en medio de la oscuridad de aquel otro granero convertido igualmente en trastero.

—Seguro que ha estado hablando con él —susurró una voz.

Los ojos de la muchacha brillaban de terror al ver aproximarse las sombras.

—Sujetadla —musitó otra voz.

Dos manos la asieron los brazos retorciéndoles hacia la espalda. Otra mano le pasó un pañuelo en torno a la boca para amordazarla con fuerza.

Alguien esgrimió un látigo.

Ella tenía las muñecas atadas a la espalda cuando la empujaron hacia el suelo.

Cuando trató de levantarse recibió el primer latigazo que le desgarró parte de la blusa.

Intentó gritar, pero la mordaza se lo impidió.

Los latigazos continuaron llegando a su cuerpo, ensangrentando su ropa a consecuencia de los desgarros que aquel inhumano castigo le producía.

Otro golpe le dejó la señal en el rostro y ella cayó revolviéndose para quedar de bruces.

Nuevos latigazos le despedazaron la blusa que en poco tiempo quedó hecha jirones.

Betty mostraba ahora la espalda desnuda y sobre su fina piel iban lloviendo los golpes.

CAPITULO XIV

Eran las dos de la madrugada cuando las dos sombras se plantaron junto a la puerta de la vieja oficina de ladrillo.

—Le vi entrar aquí —susurró una voz.

—¿Estás seguro?

—Sí. Encendió la luz. Ahora debe estar durmiendo.

—Está bien.

El que hablaba se volvió. Un rayo de luna se posó en su rostro. Era el tipo de la cabeza rapada.

Hizo una seña y enseguida aparecieron otras cuatro sombras. Luego, cerrando la salida, aparecieron un hombre por cada lado.

Ocho en total. Faltaba solo el dueño del hotel-*saloon-bar*, el abuelo de Betty.

Seis de aquellos hombres estaban ya dispuestos a entrar en la oficina cuya puerta cedió al ser empujada por uno de ellos.

Moviéndose con agilidad impropia para las edades que representaban, los seis viejos penetraron dentro.

Los haces de luz de tres linternas barrieron materialmente el local.

Buscaban al forastero.

Sam, sin embargo, no apareció ni en el camastro, ni detrás de la mesa, ni en el interior de la celda.

Entonces surgió la voz:

—¿Green de veras que se puede dormir en un lugar como éste?

Se revolvieron.

Ahora era Sam. Su voz únicamente podían oírla, pues enfocaba una poderosa linterna.

La media docena de hombres con sus rostros impávidos e inescrutables quedaron deslumbrados.

Sam hizo correr la luz y observó que algunos llevaban gruesas estacas. Otros esgrimían látigos. Uno de ellos llevaba cuerdas

colgando de su hombro.

Sam había aparecido junto a la puerta. Evidentemente estaba en el hueco entre una especie de archivo y la misma puerta.

—No me gustan en absoluto sus intenciones y podría tomar mis medidas... —Al decirlo sacó un revólver que llevaba en la funda sobaquera.

—Podría esgrimir que he obrado en legítima defensa —añadió. Pero no teman, no pienso disparar a menos que me obliguen... Vuelvan a sus casas. Mañana tendremos ocasión de hablar largamente si no encuentro lo que he venido a buscar. ¡Vamos! ¡Salgan!

Con paso algo aborregado se dispusieron a obedecer sin rechistar. Por sus expresiones no había forma de saber si había odio en sus miradas o si aceptaban los hechos como una fatalidad.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió Sam al tipo de la cabeza rapada.

—Boles. Conrad Boles —repuso, impasiblemente.

—Usted tiene cara de dictar las órdenes aquí. Se lo advierto. Boles... No hay ninguna ley que me prohíba quedarme. Ustedes me niegan alojamiento y me he metido aquí. Si no les gusta, denúncienme, pero no intenten atacarme.

Boles no replicó en absoluto, como si nada hubiese oído continuó hasta salir a la calle.

La comitiva se unió a los otros dos hombres y abandonó las proximidades de la oficina.

Sam asomó un instante hasta que les vio desaparecer hacia la esquina.

Entró finalmente para meterse dentro de la celda.

Se tumbó, pero lo hizo con el revólver en la mano y los ojos abiertos.

Decididamente no se fiaba en absoluto de ninguno de aquellos hombres.

* * *

El viejo del pelo cano, a la luz de un par de quinqués, estaba lavando las heridas que su nieta tenía en la espalda.

La muchacha había vuelto en sí, pero no podía volverse. Aquellas cicatrices le dolían demasiado todavía, sin embargo no lloraba. Había derramado ya todas las lágrimas que había sido capaz de soltar. Ahora permanecía con una actitud inexpresiva, ausente.

—Tenemos que irnos de aquí —masculló el viejo en un susurro.

Por primera vez su rostro mostraba algo diferente a su máscara fría e impenetrable.

Era un rostro agresivo, una mirada de odio.

—No quiero que vuelvan a hacer esto contigo... Nos iremos —repitió con contenida energía.

—No nos dejarán, abuelo. Ahora no nos dejarán... Tuvimos que haberlo hecho antes.

—Les mataré... Aún me quedan fuerzas... Les mataré.

—No, abuelo, olvídale... Fingiremos que no ha ocurrido nada.

—Tienes miedo por mí... Tengo un rifle... Si intentan algo podré defenderte... Tú sabes conducir... Nos haremos con el jeep de Trevor.

—Abuelo... —musitó ella.

—Perdóname, hija... He sido demasiado egoísta... Ahora todo será distinto.

—No podemos precipitarnos —musitó ella.

—Yo pensaré bien lo que hay que hacer.

—Abuelo... podríamos llamar a ese forastero. Parece una buena persona.

—¡No! —replicó el viejo como si acabase de oír una herejía.

—¿Por qué?

—No quiero contestar preguntas de nadie. Y tú tampoco debes fiarte... Si quiero marchar de aquí es por ti... por esos salvajes que te han maltratado, pero no me aliaré con ningún extraño.

—Abuelo...

—Descansa, hija... Cuando tengas fuerzas dejaremos para siempre Algee... Para siempre, te lo prometo —repuso el hombre.

Ella no contestó.

Sentía dolores en todo el cuerpo, agudas punzadas a consecuencia de los latigazos recibidos, de las heridas que tardarían bastante en cicatrizar.

Sam Baker continuaba despierto. Deseaba que llegara la hora del amanecer. Y lentamente las sombras nocturnas cedieron paso al alba.

La cerrazón de la noche se abrió y el cielo se tiñó de un azul más pálido, menos intenso.

La luna había desaparecido tras los montes y ya era posible atisbar el panorama por la claridad del alba.

Sam salió de la oficina y comprobó que no había nadie en derredor.

Se encaminó hacia la parte de atrás del hotel por si Betty había dejado allí la bicicleta tal como había prometido.

Abrió y echó una rápida ojeada.

Sí. La bicicleta estaba allí. No porque ella hubiese podido dejársela, sino porque aquel era su sitio.

Avanzó para cogerla y tropezó con algo irregular en el suelo de tierra.

Su mirada, sin querer, se posó sobre algo que llamó su atención. Se inclinó.

¡Era sangre!

Sí. En el suelo había manchas de sangre de no hacía mucho rato.

Siguió buscando y aquellas huellas se esparcían incluso sobre unos sacos que formaban un montón.

Entonces vio también el pedazo de tela que había servido de mordaza a Betty. También estaba tirado un trozo de cuerda —el que había sujetado las muñecas de la joven— y estaba ligeramente manchado de sangre, sin duda debido a las fuertes ligaduras.

Tomó aquello y salió como un alud para dirigirse hacia la puerta principal que permanecía abierta.

Fue directamente a la escalera y subió en cuatro zancadas.

Al llegar al piso superior se encontró ante un ancho corredor con varias puertas a los dos lados. Había también un hueco que conducía indudablemente a otra escalera que subía al terrado.

Desechó el rincón para intentar descubrir tras de qué puerta se hallaba la muchacha.

Entonces sonó la voz cascada del viejo seguido del chasquido de un rifle al ser amartillado.

—¿Qué busca? ¿Por qué ha subido? —espetó el viejo amenazando a Sam.

—Escuche, amigo... Quiera o no tiene que saberlo. Anoche estuve hablando con su nieta... ¿Qué le han hecho? Hay manchas de sangre abajo... —Avanzó desafiante hacia el viejo.

Frenético el del pelo cano accionó el rifle previniendo:

—No de un paso más.

—Escuche, vejestorio. No sé lo que pasa en este condenado pueblo, pero...

—¡Quieto! —espetó el otro—. Voy a disparar si no vuelve por dónde ha venido... Por su culpa están pasando muchas cosas.

—¿Por mí culpa? —Sam se había detenido, parpadeó.

—No tengo por qué darle explicaciones. Vaya...

—Comprendo... la han golpeado solo porque habló conmigo...

—¡Váyase! Váyase, forastero, o le mataré...

Era un hombre frenético, ofuscado. Deseaba vengarse en alguien de lo que habían hecho a su nieta.

—¡Váyase! —recalcó.

Le faltaba muy poco para decidirse a apretar el gatillo.

—¡No! —gritó entonces la femenina voz de la muchacha.

Betty, cojeando, había aparecido en el vano de la puerta de su dormitorio.

—¡No! —volvió a gritar.

CAPITULO XV

El hombre del pelo cano dejó de apuntar a Sam que se aproximó a la joven.

Con las marcas en el rostro bastaba para comprender el tormento que había sufrido.

—¿Quién... quién ha sido capaz de semejante monstruosidad? —espetó tras examinar aquella hermosa faz.

El día se había levantado y el alba dejaba paso a los primeros rayos del sol.

—¿Qué importa, Sam? Váyase. Se lo advertí.

—¿Quién le ha hecho esto? —insistió él.

—Es mejor que no haga tantas preguntas. Váyase mientras pueda —adujo el viejo.

—¿Y usted consiente que su nieta viva entre esta escoria inmunda? ¿Cómo es capaz de permitir que esa carne de cementerio haga una cosa así a esta muchacha?

—No se meta, Sam... —pidió ella.

—Lo siento, Betty. Anoche me dijo usted cuánto quería a su abuelo. Yo no puedo sentir el mismo respeto y admiración por un hombre que consiente esto... Si él no presenta la denuncia, lo haré yo... Y muy pronto. En cuanto descubra a Bob Nero.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó el viejo, dando un paso atrás.

—Busco a Bob Nero... Un forastero que estuvo aquí y a menos que alguien me diga dónde ha ido, imagino que debe continuar... escondido en algún sitio.

El viejo cambió una mirada con su nieta.

—Sí. Anoche me lo dijo —repuso ella como si hablara con su abuelo—. Le dije que le había visto subir al coche y tomar el sendero de la mina.

—Ahórrese el camino. Allí no encontrará nada —contestó el

viejo.

—Si sabe usted dónde está este hombre será mejor que lo diga. Ahora ya sé seguro que estuvo aquí.

—Váyase —repuso vencido el abuelo de Betty.

—¿Por qué no le ayudas, abuelo? —adujo ella.

—Calla, Betty.

—No... ¿Por qué no me ayuda? ¿A qué viene tanto misterio?

—Nadie sabe dónde fue ese forastero. No le admití en el hotel. No admito a nadie.

—Betty me lo explicó.

—Bien, pues lo único que puedo decirle es que el forastero se fue y ya no hemos vuelto a verle.

—Si oculta algo, amigo... será peor, porque si ese hombre no aparece tendré que dar cuenta a la policía.

—No se haga ilusiones.

—¿Por qué?

—Usted no saldrá de aquí...

—¡Abuelo! —exclamó Betty.

—Debió marcharse anoche, Betty. Se lo advertimos.

—Abuelo... Ayúdale si puedes... Luego es posible que le necesitemos para salir de aquí nosotros.

—Ya te dije que no... —empezó el viejo.

Sam comprendió.

—¿Quieren marchar, eh...? Pero tienen miedo. Empiezo a entender... Escuche... Su nieta tiene razón. Ayúdeme y les prometo sacarles de aquí... Si ellos tienen algo que ocultar, la justicia sabrá imponerles el castigo.

—Escuche, Sam, o como se llame. Ha abusado demasiado de su buena suerte. Váyase y haga lo que quiera o si no seré yo mismo quien... —Le encañonó de nuevo, pero aquella amenaza llegaba demasiado tarde porque las pisadas en la planta baja indicaron que el local acababa de llenarse con todos los habitantes del extraño pueblo.

Sí. Estaban todos abajo. Armados.

Cada uno llevaba un rifle, y dos —entre ellos Boles— subían ya por la escalera.

—Te falta un poco de energía, Jack —dijo el calvo Boles—. Antes tenías más carácter.

Sam hizo intención de sacar su revólver de la funda sobaquera, pero el del pelo rapado advirtió:

—No lo intente, amigo... El viejo Jack ya se lo dijo. Usted ha abusado demasiado de su buena suerte. Levante las manos y empiece a andar. Hacia abajo.

—¿Qué pretenden? —exclamó la muchacha.

—Cuídate de ella, Jack. Ya nos está causando bastantes trastornos —atajó Boles dirigiéndose al abuelo de la muchacha.

—Vamos, Betty.

— ¡No, abuelo! Tú no debes consentir...

—Calla, Betty, y entra en tu cuarto.

Empujó suavemente a la muchacha después de haber dejado de apuntar a Sam.

—¡Abuelo! —exclamó ella en un susurro—. ¿Qué es lo que van a hacerle?

El hombre guardó silencio.

—Si le matan, tú serás cómplice... ¿No lo comprendes? Debemos hacer algo...

—Nada podemos hacer... Mientras se ocupan de él será una buena ocasión para escapar. Tal vez lo consigamos.

—¡Oh, abuelo! Debe de haber algún medio para impedir que los demás cometan una salvajada.

—Betty... Tenemos bastante trabajo con ocuparnos de nosotros mismos.

—Hay que avisar a la policía. ¡Hay que hacerlo!

—No, Betty, y basta ya...

La puerta se abrió de golpe y Boles apareció en el umbral con el rifle en la mano.

—Tu nieta se está volviendo demasiado peligrosa... ¿Qué te estaba diciendo?

—¡Ya está bien, Boles! No tienes ningún derecho a entrar sin pedir permiso. Esta es mi casa —contestó el abuelo de la muchacha.

—Jack... Sé que estás tramando algo. No puedes ocultarlo. No irás a dejarnos, ¿verdad? Para evitar malas intenciones y que lleguemos a pelear entre nosotros por la estupidez de una muchacha, será mejor que me entregues tu rifle...

—¡No! —protestó el viejo.

—¡Vamos, el rifle, Jack!

Sam había bajado hasta la planta baja del local y se hallaba rodeado por aquellos siete rifles que le encañonaban.

Si no menos viejos sí le parecían menos inofensivos. Los miraba a todos uno a uno. Comprendió que detrás de cada rostro inexpresivo se encontraba un asesino...

—Si se preponen disparar será mejor que piensen en las consecuencias —dijo Sam—. Seguro que todos me vieron llegar en el helicóptero. El piloto volverá a buscarme. Si no me encuentra avisará a las autoridades... Conviene que recapaciten sobre sus intenciones.

Nadie replicó.

Y arriba Boles insistía con impaciencia:

—Vamos, Jack. Ya hemos hablado demasiado. Entrégame el rifle y quédate aquí. Tu nieta acabaría por hacerte realizar alguna tontería. Las mujeres son muy peligrosas si uno no sabe manejarlas. Y tú no sabes, Jack. Eres demasiado sentimental.

El viejo del pelo cano avanzó con el rifle bajo después de cambiar una mirada con la muchacha.

Comprendió que cuando hubiera entregado el rifle habría perdido toda oportunidad de poder hacer algo por ella.

De repente puso en práctica la idea que pasó fugazmente por su cabeza.

Enderezó el rifle para disparar, pero Boles parecía haber intuido aquello y disparó primero.

Jack saltó hacia atrás.

—¡Abuelo! —gritó la muchacha.

—¡Calla ya, estúpida! —rugió Boles.

Ella se inclinó para ver si podía hacer algo por el viejo que se estaba desangrando. Boles se aproximó rápido y descargó el cañón del arma contra el hombro de la muchacha, que cayó fulminada por el golpe.

Seguidamente Boles sacó la llave y la encerró junto con el viejo.

Abajo, al oír el disparo, instintivamente Sam había intentado moverse, pero los siete rifles fueron amartillados a la vez.

Sam quedó inmóvil, cuando Boles comenzaba a descender la escalera.

CAPITULO XVI

La comitiva salió del hotel.

Entre los ocho hombres llevaban a Sam Baker en el centro perfectamente custodiado y encañonado.

Le hacían caminar en dirección al *jeep*.

Al llegar junto al vehículo Boles dijo:

—No cabemos todos y es mejor que dos se queden a vigilar.

Y como unos se miraban a otros, Boles decidió:

—Tú, Keller y Morgan, quedaos. Trevor conducirá. Usted al lado del chófer, forastero.

Boles, a su vez, se situó junto a Sam.

Los otros cuatro, sin dejar de encañonar a Sam, ocuparon el asiento posterior del vehículo.

—¡En marcha! —ordenó Boles.

Trevor, el propietario del *jeep*, dio el encendido y el vehículo saltó hacia adelante.

Por la situación del sol, Sam trató de orientarse y dedujo que se dirigían hacia lo que ellos llamaban el sendero norte, el camino de la mina.

—Tenía ganas de conocer esa mina. Parece que mi amigo Bob Nero también fue hacia allí. ¿No es verdad, Boles?

—No haga preguntas, amigo. No encontrará respuesta.

El vehículo siguió dando tumbos por el irregular terreno, cruzando entre cactus y vegetación propia de la zona árida.

Más adelante, Sam descubrió el curso antiguo de un riachuelo. Ahora se veía reseco, tan sin vida como todo el panorama que le circundaba.

Y mientras tanto, en el hotel, Betty había comenzado a recuperarse y seguidamente recordó lo sucedido.

—¡Abuelo!

—Hija, Betty... Voy a morir, escucha...

—No, abuelo... Voy a...

—No. Escúchame, tengo poco tiempo...

—Buscaré unas vendas y... —Pero no lo hizo. Veía al pobre hombre escapársele la vida por momentos.

—Betty... Te has sacrificado inútilmente... Desde que viniste hace tres años... cuando filmaban la película... no quisiste marcharte.

—No podía dejarte, abuelo... Casi siempre viví aquí. Me marché y pasé dos años fuera, pero pensaba en ti. No podía vivir en la ciudad. Pensaba en lo que harías solo... en este lugar...

—Nunca he merecido tus cuidados, primero porque fui un egoísta. Después... después por algo terrible. Escúchame...

Y en el *jeep* los siete hombres continuaban silenciosos.

El sendero se estrechaba después de una hondonada.

Las montañas parecían crecer en altura y formaban un breve cañón.

Al otro lado continuaba la llanura inhóspita y reseca.

—Están todos locos... Betty me lo contó. No quieren que les echen. En realidad, son unos dementes. Si investigaran a fondo, descubrirían que les falta la razón.

—No se esfuerce, Sam —repuso Boles—. Nadie va a oírle y lo que usted pueda pensar no nos afecta en absoluto.

El viaje se prolongó todavía unos cinco minutos.

Al final el coche se detuvo.

Una montaña rocosa parecía poner límite a una parte del llano. Entre la zona terrosa mezclada en las rocas se abrían las puertas de lo que antes fue entrada de la mina.

—Adentro con él —ordenó Boles.

Sam se sintió empujado por un rifle que le indicaba el camino a seguir. ¡La mina!

La mente de Sam trabajaba rápidamente. No había hecho aquel largo viaje para morir de la manera más estúpida, y presentía que aquel sexteto de dementes acabarían con él en el interior de la mina.

«¡Bob!», pensó para sí.

Acaso esa había sido la muerte del atracador.

Estaba ya en la puerta.

El paso era angosto, pero dos hombres se situaron uno a cada

lado.

—Sigue —dijo uno.

Intentó taladrar la oscuridad del interior. Ver las visibilidades que tenía de esconderse.

—¡Adelante! —ordenó insistente Boles.

Se volvió ligeramente. Miró a uno de los hombres.

—Si disparan aquí dentro, la explosión puede provocar un derrumbamiento.

No esperaba conseguir nada con su observación; solo ganar los segundos precisos para hacer lo que mentalmente había calculado en unos segundos.

Se revolvió rápido y tiró con fuerza del rifle que portaba el del otro lado, al tiempo que le empujaba.

Consiguió llevarse el arma mientras el otro disparaba ya.

Sam había saltado y rodando sobre sí mismo consiguió ocultarse en una pared saliente de la galería.

Los disparos se multiplicaron en el interior por efecto del eco.

Sam se cubrió disparando a su vez para evitar que entraran de momento y ganar algo de tiempo. Seguidamente, el inspector de seguros buscó otro lugar más al interior para escapar del acoso de sus seguidores, que no tardaron en pasar dentro de la primera galería.

Sam había alcanzado un pequeño y estrecho túnel. A su paso la tierra parecía removerse y caían piedrecitas del techo.

En las paredes el tiempo había abierto grietas y la tierra se desprendía peligrosamente.

A medida que avanzaba, la oscuridad se hacía más absoluta y los otros podían seguirle con ventaja porque se suponía conocían bien el terreno.

Tras unos cinco minutos, se detuvo en un cruce y escuchó.

El silencio era absoluto. Sin embargo, sabía que aquellos hombres le seguían de cerca y que podían surgir cuando menos lo esperara y le acribillarían. Querían matarle...

Un hedor característico llamó su atención.

Tuvo la sensación de hallarse en un sumidero de basuras putrefactas.

Avanzó.

Sus pies tropezaron con algo cuando el hedor resultaba más

desagradable.

Quiso ver qué era lo que le había hecho dar el traspiés y se arriesgó a encender su linterna.

El haz de luz se posó sobre «aquello».

Sam no pudo evitar que sus pupilas se dilataran enormemente mientras en sus labios se dibujaba una exclamación.

—¡Santo Dios!

CAPITULO XVII

Era el cuerpo casi descompuesto de Bob Nero.

Tenía que ser él.

A su lado estaba la pequeña maleta. Sam recordaba haberla visto.

¡Le habían asesinado!

Buscó otra salida mientras se orientaba con la linterna.

Pensaba en el dinero. ¿Estaría por allí también?

Salió a otra galería más grande y de repente sus pensamientos quedaron cortados por una voz que resonó en la cavidad:

—¡Allí está!

Los hombres le habían descubierto.

Sam pudo lanzarse hacia una roca mientras una descarga de plomo buscaba su cuerpo sin piedad.

Los disparos parecieron multiplicarse con el eco.

De pronto todo empezó a temblar.

—¡La mina se hunde! —gritó una voz.

—¡Calla, no grites!

Parte de la techumbre, sin protección de ninguna clase, se resquebrajó por un lado.

Luego por otro.

Una nube de piedras se desprendió de algún lado y empezó a soltarse la tierra.

Sam corrió en busca de la salida cuando en el interior todo se tambaleaba.

El escaso maderamen que había servido para apuntalar las paredes se partía podrido, provocando una mayor intensidad en el desprendimiento.

Los gritos de los viejos se multiplicaban con el eco.

Sam evitó que un alud de tierra le sepultara. Pudo escapar casi de milagro.

El ruido dentro de la mina era ensordecedor.

Una luz indicó a Sam la salida.

Corrió con el rifle que todavía conservaba en la mano para parapetarse detrás de una roca.

Entonces escuchó el ruido del motor y se volvió. Era Betty que llegaba con una motocicleta.

La montaña se estaba hundiendo, las rocas gigantescas se movían y poco después se hundían entre la tierra comenzando a dar una configuración distinta a la montaña.

Betty llegó junto a él.

—¡Sam! —exclamó.

Instintivamente, buscó refugio en los brazos del hombre que se había incorporado mirando las ya inexistentes entradas de la mina.

Aquel terremoto se prolongó todavía durante varios minutos durante los que la pareja permaneció en silencio.

Por fin la tierra dejó de moverse. La pequeña montaña había cambiado su aspecto.

—Están dentro —musitó él—. ¿Y tu abuelo?

—Ha muerto, pero antes me ha hecho una confesión.

—Imagino lo que te dijo... Es referente al forastero, ¿verdad? ¿A Bob Nero?

Ella asintió con los ojos llorosos. El dolor moral parecía haberle hecho olvidar el físico.

Su rostro seguía mostrando la marca del látigo, pero lo que ella sentía era muy distinto.

—Le mataron entre todos... Mi abuelo no tomó parte. Él no quería, pero no pudo evitarlo... Hace tres meses y desde entonces le vigilan. A mí también. No querían que él saliera de aquí por temor a que pudiera hablar con la policía. ¡Oh, Dios mío! Yo lo ignoraba. Creía que aquel hombre se había ido para siempre... Que no le querían por su manía de no admitir forasteros.

—¿No fue así?

—Cuando descubrieron que llevaba dinero le mataron para robarle...

—No estaban tan locos... Aunque, en el fondo, ¿de qué podía servirles ese dinero?

—Para ellos era como el premio de tantos años de buscar inútilmente en la mina...

—Pero ¿pensaban encontrar algo en la mina?

—Oro. Nunca habían dejado de buscar. Era como una obsesión.

—Entonces, no hay duda de que habían perdido la razón.

—Tal vez.

—¿Y dónde guardan el dinero?

—Está en la casa que se halla más separada. La más grande. Es como el Banco...

—Pero... ¿para qué querían ese dinero?

—No lo sé, Sam... Ni ellos mismos creo que lo saben. Lo guardaban allí, pero dudo de que hayan tocado un solo céntimo.

Sam echó una última ojeada. Luego miró la motocicleta y murmuró:

—Vamos...

—Quedan dos hombres en el poblado. No han podido seguirme porque utilicé esa vieja moto que guardaba Trevor. No hay más vehículos.

—No te preocupes. Intentaré detenerles... Tienen que confesar lo que hicieron...

—Sam... ¿tú eres de la policía?

—No.

—Sam... ¿crees que tendrás que mezclar a mi abuelo? Él no quería... Su única rareza fue la de no querer abandonar Algee, pero no mató a nadie.

—Declararé que murió por querer ayudarme.

—El, a su modo... quería hacer bien. No pensaba delatarles porque durante muchos años había convivido con ellos, pero les detestaba...

—No pienses más en ello.

Tomó la motocicleta y ella ocupó el sillín trasero. Poco después ponía rumbo al poblado.

Se detuvieron antes de llegar.

—Espera. Intentaré encontrar a los dos hombres...

Apenas acababa de decirlo sonó un disparo de rifle, seguido de otro.

—¡Al suelo! —gritó Sam.

Se parapetaron detrás de una roca, y él aconsejó:

—No te muevas. Ya veo dónde están. Intentaré rodearlos. Ella asintió.

Los dos hombres estaban entre la penúltima y última casa de la calle, a un par de cientos de metros.

Gracias al desnivel del terreno, Sam pudo correr un buen trecho mientras los otros dos seguían disparando al azar.

Cinco minutos más tarde Sam corría paralelamente a ellos, pero protegido por la casa que había conseguido alcanzar en su parte trasera.

Los dos hombres estaban muy cerca.

Uno murmuró:

—Era el forastero. Ha conseguido escapar, y Betty le acompañaba.

—¡Acabemos con los dos! —repuso el otro.

Sam salió a su espalda.

—Se acabó el juego, señores... Les estoy apuntando. Suelten las anuas.

Los dos viejos quedaron paralizados por la sorpresa y el temor.

Poco después, y tras soltar los rifles, Sam se aproximó conminándoles a seguir adelante.

—¡Ya puedes salir, Betty! —gritó.

La muchacha surgió de detrás de la roca a tiempo de ver a Sam cómo conducía a los dos únicos supervivientes.

—A la oficina... Esa cárcel parece bastante sólida. Allí estarán hasta que consiga hablar con las autoridades.

No pudieron protestar y, tal vez como hubiese ocurrido tres cuartos de siglo antes, ocuparon aquella celda donde fueron encerrados por Sam, que guardó cuidadosamente la llave.

CAPITULO XVIII

La puerta de lo que en otro tiempo fue mansión señorial estaba abierta.

Allí dentro, en un armario de la sala principal, estaba la maleta con el dinero. Parecía integro.

Cerró la maleta y salió de la casa.

Betty estaba en el *jeep*.

—¿No quieres venir, Sam? —preguntó ella.

—No, ve tú. Avisa a las autoridades. Yo me quedaré aquí y empezaré a escribir mi informe. El *sheriff* de Clarendoon seguramente querrá hacerme algunas preguntas. ¡Ah! No te olvides de poner el telegrama a Chicago a las señas que te he dado.

—Descuida, Sam.

La muchacha partió con el *jeep* ya sin peligro de que nadie la detuviera, mientras Sam, con la maleta, se dirigió hacia el hotel.

Allí tampoco había peligro de que nadie pudiera robársela. Era el único habitante libre del poblado y uno de los tres supervivientes. Los otros dos estaban bien seguros entre rejas.

Dejó la maleta sobre una de las mesas y salió al exterior.

Bajo el sol de verano, y a la vista de aquellos edificios, tuvo la misma sensación que otrora tuviera Bob y creyó estar en un plató donde se rodaba una secuencia de un western.

Aquel lugar era la estampa de esas ciudades abandonadas que a menudo surgen en ese tipo de películas.

Volvió a la oficina para cerciorarse de que los presos seguían encerrados. Luego cruzó la calle y entró en la capilla.

Se sentó pensando en aquella extraña aventura. Y creyó adivinar por qué Bob Nero había elegido aquel lugar para esconderse. ¿Quién iba a buscarle allí?

Sí. Aquello hubiera podido ser un magnífico escondrijo y sin embargo se convirtió en su tumba.

El zumbido del motor de un coche le sacó de sus pensamientos. Consultó el reloj y comprobó que Betty llevaba solamente unos tres cuartos de hora ausente. Por lo tanto, no había tenido tiempo de regresar.

Asomó y oteó el horizonte después de avanzar hacia el centro de la calle.

No vio nada.

¿No había oído el motor de un coche?

Caminó unos metros. ¿Había sido el viento el que le trajo aquel ruido?

El viento precisamente había levantado un poco de polvo y formaba una neblina al otro lado del poblado justo a la salida.

Cruzó por uno de los callejones formados por los edificios separados entre sí y, al llegar al otro lado, vio el descapotable.

Un coche, sí. Moderno, aunque cubierto totalmente de polvo. Estaba detenido cerca del hotel.

Corrió a grandes zancadas. ¿Quién diablos podía haber venido en aquel automóvil?

¿Alguien que se había perdido?

Al llegar a la altura del hotel, entró por la puerta lateral.

Cuando llegó al salón principal, dirigió sus ojos instintivamente sobre la mesa en la que había dejado la maleta.

¡Estaba vacía!

Vio el rifle que había dejado junto a la maleta. El rifle sí estaba y hacia él se dirigió.

Una voz le previno:

—Está descargado, Sam. No conseguirás nada.

Viró en redondo al reconocer aquella voz. No podía creer que ella...

—¡Connie! —exclamó.

Sí. Connie. La secretaria del señor Sorensen, director general de la fábrica.

La rubia y tímida Connie era la que tenía la maleta en una mano y una pistola automática en la otra.

—¿Te extraña, Sam? —sonrió ella con una sonrisa de triunfo en los labios.

—Connie, de todo el mundo hubiera sospechado menos de ti...

—Sin embargo, bien a punto estuviste... Tú relacionaste siempre

a Bob con sus amigas... Las tuviste en cuenta a todas, menos a mí... Claro que oficialmente yo le detestaba. Eso formaba parte del plan. Era importante que no nos vieran juntos.

—¿Lo planeasteis entre los dos?

—Sí, Sam. Entre los dos... Yo le facilité las llaves... No había necesidad de duplicar ninguna cuando fue a la fábrica por primera vez para cambiar el extintor. Luego, todo quedó igual. Yo me limité a abrirle las puertas que el necesitaba encontrar abiertas. Lo demás ya lo sabes...

—No. No lo sé... Si lo planeasteis juntos... ¿por qué no te fuiste con él?

—El plan era que marcharía él primero. Yo le seguiría al cabo de un mes en cuanto recibiera cierta contraseña, una simple postal. Pediría las vacaciones y diría a todo el mundo que me iba a California, luego buscaría la excusa de que mi tía estaba muy enferma y necesitaba que yo la cuidara. Sorensen es muy comprensivo y hubiera sabido prescindir de mis servicios mientras Bob y yo marchábamos hacia Europa, pero pasó un mes y la contraseña no llegó... Él me había dejado un teléfono de Clarendoon para casos de emergencia. Llamé varias veces, pero no obtuve la respuesta deseada... Así que pensé que algo había ido mal y necesitaba averiguarlo, pero no yendo yo...

—Comprendo. Entonces tú fuiste la que me llamó por teléfono hablándome de este poblado.

—Acertaste. Primero procuré crear el ambiente. ¿Recuerdas? Aquellas llamadas sin respuesta. La carta de Bob...

—Pero la letra...

—No me costó mucho falsificarla... Piensa que practiqué bastante...

—Bien. Y ahora ni siquiera me preguntas por Bob.

—Bueno. El dinero está aquí y tú también. ¿Por qué no me dices lo que ha pasado? ¿Has tenido que matarle?

—Está muerto, sí, pero le asesinaron apenas llegar, para robarle.

—Bien. Así no tendré que repartirlo con nadie. Oficialmente estoy de vacaciones. Daré la excusa que te he dicho y... viviré, Sam. Viviré sin privaciones de ninguna clase.

—Entonces... ¿piensas matarme?

—Sí. Y es una lástima. No te odio, Sam, y me has hecho un buen

servicio. Claro que me había propuesto vigilarte de cerca, no podía arriesgarme a que regresaras a Chicago con la maleta... Ya ves que he llegado a tiempo y ahora ya no te necesito más. Compréndelo —añadió cínicamente—, tú eres un peligro. Tu cabeza trabaja demasiado. En el fondo, aunque todo esto hubiera sucedido de otro modo y tú no supieras que yo estaba metida en esto... igualmente hubieses tenido que morir. Piensas demasiado y eres muy suspicaz.

Movió la pistola sin perder su sonrisa.

—Una última pregunta...

—No queda mucho tiempo. Tengo reservado un billete en el tren que sale dentro de una hora exactamente. Necesito cincuenta minutos para ir a la estación de Clarendoon.

—¿Qué hay de Masterson?

—¿Masterson?

—Sí. Estoy seguro de que sabes de quién te hablo. Tiene un bar y una de las camareras. Myrna Dalton, era amiga de Bob Nero.

—Ni idea. Seguiste una pista falsa.

—Así que... no hay nadie más en el asunto.

—No. ¿Decepcionado?

—No, no... Lo que ocurre es que, cuando se descubre la verdad, las cosas pierden todo su interés.

—Lástima que no puedas comentar esa verdad con nadie.

—Connie... Por si te interesa saberlo, alguien está avisando a la policía en estos momentos. Puede que estén de camino. Se ha cursado un telegrama a Chicago. Todo el mundo sabe que he recuperado el dinero.

—¿Y qué?

—Te descubrirán.

—Primero tendrán que relacionarme con esto.

—Lo harán en cuanto encuentren la grabadora que ha estado funcionando durante todo el tiempo.

—¿Qué? —ella pareció desconcertada.

—Está en algún lugar de la casa, Connie. La puse aquí para poder enterarme de todo lo que ocurría. Tendrás que descubrir dónde está.

—Esto es falso. Lo dices para confundirme. Quieres ganar tiempo.

—Te apuesto a que no la encontrarás en media hora, y la policía

habrá llegado ya para entonces.

—¡Falso!

—Dispara y haz la prueba, Connie. ¡Connie, asesina! —gritó como si quisiera que sus palabras quedaran bien grabadas.

Sam avanzó unos pasos.

—No te muevas —gritó ella.

Había perdido toda su sangre fría. Se volvió intentando descubrir la grabadora.

Sam se le acercó más.

—¡Quieto!

—Dispara y estarás perdida para siempre, Connie.

—¡¡No!!

El saltó hacia delante.

La muchacha disparó, pero Sam había esquivado al tiempo que la desarmaba utilizando una de las características llaves de judo.

—Lo siento. No hay grabadora, pero lo importante es que lo hayas creído... Ahora, Connie, se acabó el juego. Lamento tener que hacer esto...

Vencida, se dejó caer en una de las sillas, dejando la maleta en el suelo.

Sam había ganado la última mano. La partida era suya.

EPILOGO

La inspección por el lugar llegó al descubrimiento del coche despenado en un precipicio y posteriormente cubierto con zarzales.

La policía de Clarendoon reconoció el vehículo como de antigua propiedad de Dutch.

Después, el viejo que lo vendió a Bob confirmaría la operación.

Quedaba de cuenta de la policía de Clarendoon el desescombro de la mina para la recuperación e identificación de los cadáveres.

Connie quedaba igualmente retenida, en espera de que la policía de Chicago mandara a los agentes para su traslado y subsiguiente acusación formal de complicidad en el audaz robo cometido tres meses antes en la fábrica.

De los dos supervivientes del poblado cuidaría igualmente la policía local, ya que el delito de complicidad en un asesinato lo habían cometido allí precisamente.

Al atardecer llegó el helicóptero que debía llevar a Sam al aeródromo más próximo.

Antes, sin embargo, tuvo lugar una ceremonia sencilla. El entierro del abuelo de Betty.

—Dijo que le enterraran en esta tierra y se ha salido con la suya —murmuró.

—Vamos, Betty. Ya no puedes hacer nada por él... ¿Qué planes tienes ahora?

—No lo sé.

—¿Por qué no vienes a Chicago?

—¿Qué haría en Chicago?

—¿Qué hacías antes de quedarte a vivir aquí?

—Estudié secretariado. Trabajaba en la oficina de una casa de modas.

—Si te gustan las compañías de seguros, hablaré con mi jefe. Me une una buena amistad con él. Seguro que te admitirá. Luego,

¡quién sabe! No pensarás quedarte soltera, ¿verdad?

Ella sonrió con cierta tristeza; luego decidió:

—De acuerdo, Sam. Iré a Chicago contigo.

Se tuteaban desde que ella había ido a su encuentro en la mina.

Se tuteaban porque algo afín parecía unirles.

Luego, el helicóptero se elevó por los aires.

El pueblo, a vista de pájaro, parecía la estampa de algo irreal.

La muchacha iba a empezar de veras una vida nueva, diferente.

Sam Baker la observaba y también pensaba en el futuro.

Betty era realmente una muchacha encantadora, llena de vida. Merecía ser feliz.

Como algo natural, acercó su boca a la mejilla de la joven. La besó.

Ella dio la vuelta y los labios de ambos se encontraron.

Sí. Betty necesitaba amor.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España